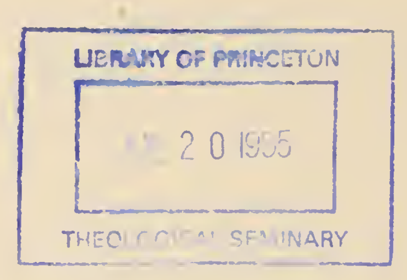

LIBRARY OF PRINCETON
2 0 1955
THEOLOGICAL SEMINARY

El Hombre Moderno Puede Creer



ROBERTO CECIL MOORE

El Hombre Moderno Puede Creer

ROBERTO CECIL MOORE
Doctor en Filosofía.



EDITORIAL EL LUCERO
SANTIAGO — CHILE


IMPRENTA SIGLO XX
S
XX

A Modo de Prólogo

Aunque la obra de las iglesias evangélicas en Chile es una de las más desarrolladas y avanzadas de América Latina, debemos reconocer que aún no aparece en nuestro país una generación de escritores evangélicos.

Un hombre en cuya vida hay más de medio siglo de historia evangélica chilena, que nació lejos de nuestro país, pero que ha entregado junto con su esposa toda una vida de servicio a nuestro pueblo, y que en esta hora en que muchos, aún chilenos, emigran, él, privándose del merecido descanso en su patria, más cerca de sus hijos y nietos, ha decidido quedarse en este terruño largo y angosto. Un escritor cristiano evangélico fecundo que ha entregado a las prensas varias de sus obras que han alcanzado reconocimiento tanto en Chile como en el exterior.

Es el Rev. Roberto C. Moore, quien nos entrega ahora un serio estudio sobre el cristianismo, sus fundamentos y aplicaciones a la vida del hombre de hoy, en su obra **"El Hombre Moderno Puede Creer".**

Profundo estudioso de las Sagradas Escrituras, saca de este tesoro que Dios ha legado a la humanidad, sus más valiosos argumentos para exhibirlos al lector a través de significativos e interesantes capítulos de este libro: ¿Por qué discutir la creencia religiosa?; Jesús, Hijo de Dios; Jesucristo Hombre; Dios; El Cristiano y su Conducta; la Religión, el Estado y las Reformas Sociales.

El solo enunciar estos capítulos, nos permite apreciar la importancia y trascendencia que tienen para todos y, a la vez, nos hacen presentir que nos encontraremos con un tratado filosófico de elevados conceptos y giros literarios que, mientras más se leen contribuyen a aumentar más la angustia de sus lectores por comprenderlos.

El Dr. Moore logra en esta obra, conseguir algo difícil para muchos escritores: que sus lectores comprendan lo que quiere trasmitir. Como él lo dice en su Prefacio, ha procurado "escribir con sencillez para hacer más fácil su lectura aún por los que no tienen preparación teológica ni filosófica, pero, al mismo tiempo, he tratado de presentar mi tesis en términos que no ofendan al intelectual".

Al iniciar el capítulo sobre Jesús, Hijo de Dios, reconociendo que centenares de miles de libros en todos los idiomas se han escrito sobre Cristo Jesús, y la fe que El fundara, dice: "podría haber iniciado este estudio con un capítulo sobre Dios, como primera persona de la Trinidad, pero "Cristo atrae a todos. Dios es invisible, intangible y no sujeto a la investigación ordinaria. Cristo es una figura histórica. . ." y así prosigue su interesante estudio.

El autor agiliza el desarrollo de su obra con citas de la vida de destacados científicos cristianos: Alberto Einstein, Werner von Braun, Robero Milliken, entre otros, y dice en su capítulo sobre "Dios y la Ciencia": "es común pensar que los intelectuales y científicos son antirreligiosos. No es así. Existe bastante oposición a la religión, pero, por lo general, no es de parte de los hombres mejor informados, sino de los seudo intelectuales y científicos".

Naturalmente que en un estudio donde se tratan algunos temas siempre polémicos como el capítulo sobre "La Religión, el Estado y las Reformas Sociales", el autor no pretende llegar a conclusiones definitivas que aúnen a todos sus lectores, pero sí, aso-

man sus inquietudes de una coexistencia fratenar y sincera entre aquellos que sustentan, viven y desean transmitir su fe cristiana con aquellos que se encuentran en una posición filosófica diferente.

El Dr. Moore concluye "el hombre moderno precisa de guía certera para la parte superior de su existencia. No en vano dijo Jesús: "No sólo de pan vivirá el hombre..." Las necesidades del espíritu son tan apremiantes y tan reales como las necesidades del cuerpo. ¿Dónde hallar esta dirección que tanta falta hace al hombre de hoy?". Esta es la pregunta que el autor procura contestar en este libro, estimado lector.

Alberto Cárcamo C.
Secretario Ejecutivo de Sociedades
Bíblicas en Chile.

Prefacio

En 1937 presenté al público un pequeño volumen **El Cristianismo para Hoy**, el cuel recibió buena acogida de parte de los evangélicos y estudiantes de la Biblia. Ha estado agotado por muchos años. Amigos me han insinuado la conveniencia de publicarlo de nuevo. Pero ha habido tremendos cambios en el mundo en estas tres décadas. Pasamos de la edad del vapor a la electrónica, de la electrónica a la atómica. Ya estamos en la edad espacial. Si bien Dios es el mismo, hoy, ayer y para siempre, nuestros modos de conocerle cambian. En vista de las condiciones de cambio, actuales y pasadas, he creído que sería más prudente simplemente escribir un nuevo libro, siempre con el mismo propósito básico, mostrar que la religión de Cristo no pierde su relevancia o su capacidad para satisfacer las necesidades reales del hombre de hoy como el de ayer.

He tratado de escribir con sencillez para hacer más fácil la lectura aún por los que no tienen preparación teológica ni filosófica pero al mismo tiempo he tratado de presentar mi tesis en términos que no ofendan al intelectual. Sé que habrá mucho

que se podría cambiar, quizás mejorándolo. Ojalá estimule a otro mejor preparado para hacer semejante trabajo en mejor forma.

El lector notará que he dispensado con notas explicativas. Las pocas que parecían necesarias, van en el mismo texto. Las citas de la Biblia son de la versión de Reina-Valera, 1960, cuando son del Antiguo Testamento; de la Versión Popular: **Dios Llega al Hombre**, con pocas excepciones, cuando son del Nuevo Testamento.

Tengo que agradecer la cooperación del Dr. H. C. McConnell por sus atinadas observaciones y correcciones; de la Sra. Marisa de Salibián y la Srta. Rebeca Porflit, por su ayuda en corregir el texto y hacer el trabajo de mecanografía. Sinceros agradecimientos a los tres.

Roberto Cecil Moore,
Doctor en Filosofía

Capítulo I

Por qué discutir la creencia religiosa?

¿Qué interés tiene el hombre moderno en la religión, y en qué le puede servir? ¿No habitan dos mundos distintos? No, el hombre moderno no es tan diferente en sus necesidades espirituales básicas, del hombre de cien o doscientos años atrás. Sufre como sus bisabuelos las mismas frustraciones, los mismos apetitos desordenados, las mismas pruebas personales; tiene las mismas aspiraciones de una vida mejor y las mismas inquietudes en cuanto a cómo conseguirla.

Es verdad que nuestro mundo, geográficamente, es inmensamente más amplio que aquél que conocían nuestros antepasados. El hombre de nuestros días ha conquistado el espacio, ha bajado al fondo del mar, ha aislado el átomo, ha hecho

maravillosos avances científicos. Pero no ha avanzado mucho en la conquista de su propia alma ni del mundo social en que se mueve. Todavía hay mucho crimen, mucho desorden, suicidios, pobreza y desesperación; tal como antes, si no peor. La misma hoja de finísimo acero que emplea el cirujano para salvar una vida, sirve igualmente al bandido en la calle para degollar a un inocente. El asombroso avance científico y técnico no es necesariamente una prueba de progreso real.

El hombre es animal pero debe recordar que es algo más; es también un ser espiritual. El animal no necesita directiva moral; sus instintos le bastan, pero el hombre precisa más. El bruto no necesita religión, pero el hombre, sí.

En verdad todo hombre es religioso, condición irrenunciable. Aquel que repudia clamorosamente toda relación con la religión, o con el Dios cristiano, pronto levanta un altar a su propio dioscesillo, sea éste su Yo, su profesión, su credo político, u otro; y a este dios presta su adoración.

La ciencia es algo de que el hombre moderno puede tener orgullo pero la ciencia no puede sanar a un corazón decepcionado, no puede llevar paz a la madre

que acaba de dejar a su hijito en la tumba; la ciencia no puede reemplazar a la religión ni pretende hacerlo. Son dos disciplinas de la vida que corren paralelas. Veremos esto en más detalle en otro capítulo.

¿Pero no nos dicen que ahora el hombre puede vivir sin Dios, sin religión? Sí, puede, ¿pero le conviene? Mi auto fue hecho para funcionar en ocho cilindros. Puede andar en alguna forma con sólo cuatro cilindros, pero sin duda anda mucho mejor con ocho.

El hombre está hecho maravillosamente. Sus ojos son mecanismos de la más extremada precisión, su cerebro es más complicado que los mejores computadores electrónicos. En verdad no hay computador que no haya sido diseñado por el cerebro humano. Pero lo más extraordinario en el hombre es su idealismo, su misericordia, su capacidad de sentir los sufrimientos y frustraciones ajenas y querer aliviarlos. El hombre fue hecho por Dios y solamente cuando él lo reconoce, llega a ser lo que es en potencia. El hombre sin Dios está defraudándose a sí mismo; así como el auto fabricado para andar con ocho cilindros está trabajando con sólo tres o cuatro.

Hay tanta confusión y caos en nues-

tro mundo de hoy precisamente porque el hombre moderno está tratando de vivir y manejar al mundo sin tomar en cuenta a Dios; no da resultado así. El hombre sin Dios puede ser un animal inteligente, bien alimentado, pero el hombre es más que animal; está hecho para tocar las estrellas, no puede vivir en el barro y alcanzar su felicidad.

Una razón porque el hombre moderno no se interesa en la religión es su incomprensión de lo que es la religión y su función. Ciertamente en este tratado no me estoy refiriendo a un credo, católico, protestante u otro. Me refiero a aquella relación de cada hombre con el Ser Supremo, Dios. A veces al oir mencionar la palabra religión, la mente forma una imagen que es una caricatura de tal religión así como era, por ejemplo, en la Edad Media. Hubo, aun en aquellos tiempos, una apreciación más inteligente de la religión de parte de algunos, pero el público en general recuerda solamente aquellos aspectos más supersticiosos y negativos. Felizmente el cristiano de hoy día puede estar mucho más cerca de los ideales y enseñanzas de Jesucristo, liberado en gran parte, cuando no del todo, de los elementos de magia y superstición de antaño.

¿Ha fracasado la religión?

Alguien pregunta: Si el cristianismo es de Dios ¿cómo es que en 2.000 años no ha podido enderezar los males de nuestro mundo, no ha producido la sociedad ideal que predica? Es una pregunta que, a primera vista, parece justa. Pero contesto: ¿cuántas personas que usted conoce han hecho un sincero y constante esfuerzo para poner en práctica las enseñanzas de Jesucristo, siquiera las del Sermón del Monte? Y a través de estos 2.000 años, ¿qué porcentaje de los habitantes aún de los países nominalmente cristianos, han tratado de guiar sus vidas realmente por los preceptos del Evangelio? Y se olvidan de los innegables y profundos beneficios que el cristianismo ha traído a nuestro mundo, aún así con todas sus deficiencias. No es que la religión de Cristo haya sido probada y resultara inútil o ineficaz; simplemente la gran parte de la humanidad no ha querido permitir que el Evangelio entrase a sus vidas. Si credos como el hitlerismo o el comunismo ganan adeptos con tanta facilidad y rapidez, hay razones; gran parte de sus adeptos, o los que se presumen que lo son, han sido sometidos por la fuerza; no por convicción. Menos

del cinco por ciento del pueblo de China es comunista. En Rusia ligeramente mayor porcentaje. La gran masa no lo son, pero están sometidos por las armas. Además tales credos prometen bienes inmediatos para todos, ahora mismo. El cristianismo crece solamente por la persuación, por la enseñanza y no garantiza bienes materiales inmediatos. Es un hecho que, mayormente, las personas que siguen los principios de Cristo alcanzan mayor prosperidad, aún en el sentido material, que aquellos que no le siguen. El cristianismo no promete exención del esfuerzo, del trabajo, ni del sufrimiento. Promete la presencia y bendición de Dios en todo caso. Más adelante veremos en más detalles este tema de los rivales del cristianismo.

Otra razón por qué la religión de Cristo no avanza más en estos tiempos es una especie de deslealtad, cuando no falta de honradez, de muchos intelectuales. Ninguna causa grande puede prosperar sin el apoyo de los intelectuales. Si el cristianismo ha de progresar, debe ser servido por personas muy bien preparadas, que mantienen una fe sin disculpas y sin arrogancia. Presenciamos hoy el hecho de que muchos guías intelectuales que atacan y condenan la Biblia nunca la han leído ni han exami-

nado las bases en que descansa la fe cristiana. Y, curiosamente, estos mismos intelectuales —o así se creen a lo menos—, nunca dejan de leer el horóscopo para el día o la semana. El horóscopo es un vestigio del más crudo barbarismo y superstición de siglos pasados y no resiste el menor examen histórico o científico. ¡Seamos consecuentes! La religión de Jesucristo tiene firme base histórica y se presta al más cuidadoso examen. Tiene a su favor la continuada existencia de casi dos mil años y la evidencia de miles de millares de vidas que han sido rehechas y felices por seguir tal fe. El cristianismo no es un mito: desafía al examen.

Una fe inteligente

El cristianismo no se presta a la misma clase de examen y prueba que una proposición científica. En esto se trata de materia visible y tangible y sujeta a investigación de la misma clase. El cristianismo, o bien el Dios de esta fe, no es material, es espiritual; no se presta a un examen de laboratorio o a una proposición matemática. No se puede comprobar así. Las evidencias —nótese que no digo pruebas— de Dios tienen que ser de otra naturaleza;

esto lo veremos más adelante, en más detalle.

También existe el peligro de caer en el error opuesto. "No importa lo que uno cree; lo importante es tener fe". No, la fe debe ser informada, inteligente. La clase de fe puede traer enormes consecuencias. Allá en la India muchos creen en la transmigración de almas. No quieren matar ni a un ratón; podría ser su bisabuela de una previa existencia! Las vacas sagradas merodean por las calles, se meten donde se les ocurre, comen lo que pueden alcanzar y nadie las estorba. Y esto al mismo tiempo que decenas de personas mueren de frío o de hambre en las mismas calles cada noche, por falta de un pedazo de pan o de abrigo. Sí, es muy importante qué clase de fe usted tiene. Hitler logró granjearse la fe de multitudes y ¡con cuán graves resultados! Millones de muertos y otros millones de vidas arruinadas. No basta "creer no más". La fe no es así. La fe no es un salto a las tinieblas; es razonable. Vá más lejos que la razón pero no va contra la razón. Debe ser aceptable a la inteligencia. Jesucristo se presenta al examen crítico. Es digno de la más completa confianza. En nuestros días tumultuosos, él ofrece un firme punto de partida,

un centro por donde empezar a reconstruir nuestro confuso mundo.

Si es cierto que el hombre moderno, tal como sus antepasados, no puede vivir sin ninguna clase de fe, desde luego, es consecuente examinar y escoger inteligentemente; no cualquier fe, la fe del vudú o del horóscopo, no la fe del demagogo político o religioso, sino la fe de Jesucristo y la fe en su programa que se llama Evangelio. El hombre no puede vivir sin algún tipo de fe; elíjase pues, una fe razonable, inteligente, con firme base, o sea la fe de Jesucristo.

Le invito a seguir acompañándome hasta el fin de esta presentación. Es un esfuerzo para mostrar una fe razonable y consecuente tal como se ofrece en el cristianismo. Trataré de mostrar que la religión de Jesucristo es, efectivamente, la religión que el hombre necesita y, cuando lo comprende, es lo que está buscando.

Capítulo II

Jesús, Hijo de Dios

¿Sobre qué materia debe comenzar este estudio de El Hombre Moderno Puede Creer? Podría empezar con Dios y a primera vista parece que así sería más lógico Pero Cristo atrae a todos. Dios es invisible, intangible y no sujeto a la investigación ordinaria. Cristo Jesús es una figura histórica. Centenares de miles de libros se han escrito acerca de él y de la fe que El fundara. Aún los ateos le respetan y nadie escapa de su influencia. Stanley Jones cuenta un caso. Cuando él estaba en una de las grandes ciudades del Oriente, halló un templo nuevo dedicado recién a Buda, creo que era, y cincelado en la piedra de esquina Jones leyó: "Templo de Buda, 1910 A. de C." Aún en este centro de otro culto, no podían dejar de rendir tributo a Jesús.

Sus Antecedentes

Jesucristo era judío, y en mucho, fiel exponente de lo mejor de su raza. El Antiguo Testamento está repleto de profecías de su venida; Jeremías, Isaías y otros proclaman las glorias del "año del Señor". La nación estaba en condiciones idóneas, más que nunca, para esperar un Libertador. Tras rencillas intestinas y luchas por el poder, la nación había caído bajo el dominio de Roma y fue regida por odiados representantes del Imperio.

El resto del mundo estaba preparado para un nuevo día. En Roma "había más dioses que hombres" y el hombre común no sabía ya a cuál de ellos adorar o apelar en su necesidad. Los intelectuales estaban cansados de tanta religión. Los dioses parecían más corrompidos y lujuriosos que sus adeptos humanos. El culto de Afrodita y otros similares era acompañado por verdaderas orgías de sexualismo desenfrenado. Los niños no deseados eran "expuestos" para que los comiesen los perros vagos o, peor todavía, que fueran recogidos por los traficantes para criarlos y explotarlos como prostitutas de uno u otro sexo. Tales eran las condicines morales cuando Jesús nació en Belén. Los grandes

maestros griegos habían perdido su popularidad e influencia. El mundo estaba listo para un nuevo día.

El Imperio Romano contribuyó sustancialmente a la diseminación de la nueva religión de Jesús. Existía la así llamada Paz Romana sobre gran parte del mundo civilizado. Las tropas romanas garantizaban a sus ciudadanos y aun a sus súbditos, seguridad al viajar de una parte a otra de sus dominios. Sus caminos militares servían admirablemente a los primeros misioneros. Más de una vez la autoridad de Roma salvó la vida a Pablo, y seguramente a otros. El idioma griego, la lengua de cultura, se empleaba en todo el mundo mediterráneo y más allá; esto explica por qué los primeros cristianos podían ir "predicando por todas partes". Así, dentro y fuera de Palestina, el mundo estaba listo y "cuando llegó el tiempo justo, Dios envió a su Hijo", como lo expresa Pablo en Gálatas 4:4.

La historia del nacimiento de Jesús se halla en los primeros capítulos de los Evangelios de Mateo y Lucas; no la repito; la puede leer en su Nuevo Testamento. Pero aquí se encuentra uno de nuestros problemas. En la cita mencionada arriba, Pablo agrega "nacido de mujer", y Mateo y

Lucas con exquisita delicadeza afirman que Jesús nació de María sin que ella hubiese conocido hombre alguno, un nacimiento virginal. Esto suscita la natural reacción: Esto no puede ser; los seres humanos no nacen así.

Lo milagroso en la vida de Jesús

Aquí confrontamos quizás el problema más difícil para el hombre moderno. Ciertamente si alguien me contara de un niño que haya nacido en estos días sin padre humano, no lo creería, ni siquiera lo discutiría; es falso. Pero tratándose de una vida tan extraordinaria como era la vida de Jesús, vale la pena investigar bien antes de rechazarlo de plano. Si creemos en Dios, es lógico creer que cualquier milagro es una posibilidad. Si alguien objeta que las leyes de la naturaleza son estables, inmutables, estaría en lo cierto; así es. Pero otra vez si creo en Dios, creo que era él quien colocara las leyes naturales en el universo y ciertamente el Hacedor es mayor que su hechura. Es posible que la personalidad pueda poner otra ley mayor que aquella ley natural y sin violar ésta. Por ejemplo: tengo en mi mano un cortaplumas abierto. La ley natural dice que si

suelto éste, caerá al suelo. Pero pongo en ejercicio la voluntad de la persona. Suelto el cortaplumas pero con fuerza arrojándolo hacia arriba donde queda pegado en el cielo raso. No he violado la ley ordinaria; simplemente he puesto en juego otra ley superior. Dios pudo, y puede, intervenir por encima de sus leyes naturales sin violar éstas. Y esto explica en cierta manera la posibilidad de milagros.

No podemos esperar milagros como el nacimiento virginal sin una razón especial. Es la vida extraordinaria y única de Jesús lo que justifica el nacimiento virginal.

Sin embargo, si usted tiene dificultad en aceptarlo, y puede quedar satisfecho con otra explicación, bien. En efecto, es justo decir que Jesús en sus enseñanzas nunca mencionó su nacimiento que sepamos. Solamente Mateo y Lucas dan importancia evidente de ello; ni Marcos ni Juan lo mencionan. Pablo apenas hace alusión a ella. Para mí el relato de Lucas y Mateo es tan sencillo y natural que no es difícil creerlo. Dudarlo crea más problemas que simplemente aceptarlo.

Y vale la pena notar que Dios es muy parco en su uso de milagros; no hace milagros a destajo. Hay tres períodos de milagros en la Biblia y cada período tenía ra-

zones especiales que lo justifican; en tiempos de Moisés, en tiempos de Elías y Eliseo y nada más hasta la llegada de Cristo mismo.

Jesús era hombre único y tenía una misión extraordinaria. Si Dios debiera realizar actos fuera de lo común alguna vez, ciertamente parece que la llegada de su Hijo sería tal ocasión. Los Evangelios presentan a Jesús de tal manera que su existencia como hombre no hace conflicto ni extraña en nada su divinidad. No hallamos nada en él que fuera indigno de Dios; tampoco hay nada inconsistente con su calidad de hombre. Los Evangelios no tratan de explicar el hecho; simplemente lo aceptan y así lo presentan.

Jesucristo, Dios-Hombre

Algunos quieren aceptar "la ética de Jesús", sus normas de conducta para la convivencia humana, pero rechazar toda pretensión de él o de sus seguidores de reclamar para él la calidad de Dios. "Yo acepto al Jesús del Sermón del Monte pero que no sea él hombre y a la vez Dios; esto es imposible para mí". Pero quizás sea imposible aceptar a Jesús simplemente como hombre. Si aceptamos, siquiera en par-

te, la genuidad de los Evangelios, descubrimos que éstos presentan a Jesús constantemente como un ser divino. Vemos en cada página como él se atribuye a sí mismo la autoridad y el espíritu que corresponde solamente a Dios. "Yo y el Padre, una cosa somos". Dicta nuevas normas de conducta y culto en el Sermón del Monte y lo hace explícitamente por su propia autoridad. "Habéis oído que fue dicho, más yo os digo". Perdona pecados, lo que él mismo concede es atributo de Dios. Sana a los incurables por su sola palabra, resucita a los muertos, hace lo que sólo Dios puede hacer. Recordemos que no tenemos historia fidedigna de Jesús fuera de los Evangelios. Si ellos le presentan así estamos frente a un dilema: o Jesús era lo que pretendía ser, más que un simple buen Maestro y Hombre modelo, o... era un engañador o, peor todavía, era un embaucador o loco egoísta. Y recordemos también que los Apóstoles, hombres que le acompañaban íntimamente por tres años, y unos centenares de otras personas que llegaban a aceptarle en vida, todos éstos estaban tan convencidos que muchos de ellos dieron sus vidas en defensa de tal creencia. Hombres sensatos y maduros no sacrifican sus vidas por un fraude y siguen haciéndolo a

través de siglos. Mateo, Marcos, Juan, Santiago y después Pablo estaban completamente seguros de que Jesús era lo que pretendía ser. Pero no creyeron así al principio ni Jesús trató de persuadirles; dejó que el impacto de su vida y sus enseñanzas llegasen a convencerles; y así fue. Ellos esperaban un Mesías político, un Salvador nacional que les librase de la sujeción a los invasores romanos y restaurase las glorias de David y Salomón. Cuando querían proclamarle como el Mesías, él se lo prohibió por temor de que el pueblo acogiese la idea de esta clase de Salvador. El esperó a que sus adeptos más íntimos llegasen a convencerse por sí mismos. Estos hombres prácticos, con experiencia de la vida y no fácilmente engañables, llegaron a creer firmemente en su Maestro como Dios. Estaban dispuestos a firmar su fe con la muerte si llegase a eso, y muchos así lo hicieron.

El testimonio: los Evangelios.

¿El testimonio de los hombres más cercanos a Jesús sería una evidencia histórica digna de fe después de tantos siglos? ¿No será más bien una hermosa leyenda tejida a través de los tiempos para glo-

rificar al querido Maestro? Lo único que sabemos históricamente de Jesús, repito, se halla en los cuatro Evangelios, más algo de Pablo y los otros escritos del Nuevo Testamento. Si examinamos con objetividad estas fuentes hallamos que son de sorprendente fidelidad y consistencia y dignos de la mayor confianza. ¿Los cuatro Evangelios están de acuerdo? No, hay numerosos detalles pequeños de diferencia pero son los que se espera hallar en cuatro testimonios independientes. Estas diferencias no alteran en nada el cuadro total; a veces son reconciliables, otras son de tan poca importancia que no influyen. Si fuesen cuatro testimonios en absoluto acuerdo se podría pensar inmediatamente que se habían puesto de acuerdo y su validez sería anulada en gran parte.

Marcos, escribano y ayudante de Pedro, escribió su dramático relato de las obras más significativas de Jesús apenas unos treinta años después de la muerte del Maestro. Sin duda recibió la mayor parte de sus datos de Pedro quien había acompañado a Jesús en su ministerio y así era testigo personal de lo que Marcos escribiera. Mateo, publicano, escribió para demostrar a los judíos que Jesús era quien cumplía las profecías mesiánicas del Antiguo

Testamento, el Mesías prometido desde siglos antes. Mateo era también colaborador íntimo de Jesús. Lucas escribía como secretario de Pablo. Ninguno de estos dos habían conocido personalmente a Jesús y sin embargo Lucas resulta ser el mejor historiador de todos, y confirma la fidelidad de los otros. Lucas escribe para los hombres del mundo fuera del judaísmo y quiere estar muy seguro de la autenticidad de lo que escribe. Dice en su prefacio: "Muchas personas han tratado de escribir en orden la historia de las cosas que pasaron entre nosotros, tal y como nos las enseñaron los que las vieron desde el comienzo, y que ayudaron en la predicación del mensaje. Yo también lo he investigado todo con cuidado desde el principio y me parece bien escribirte estas cosas en orden, muy estimado Teófilo, para que conozcas bien la verdad de lo que te han enseñado" (Lucas 1:1-4). Era él quien nos dejó la historia tan exquisita de la infancia de Jesús. ¿De quién la había sabido? Lucas era médico y como tal podría ganar la vida en cualquier parte. Sabemos por sus escritos en los Hechos que él acompañó a Pablo en su viaje a Jerusalén cuando Pablo quedó preso y encarcelado en Cesárea por dos años; y sabemos que cuando Pablo salió de Cesárea pa-

ra viajar a Roma, Lucas le acompañó. Durante estos dos años Lucas habría tenido lugar para investigar mucho. Podría viajar a Capernaúm en Galilea y a Jerusalém para entrevistar a muchas personas que conocían a Jesús. Es probable que María, la madre de Jesús, aun vivía y estaría en Jerusalen. Lucas podría tener de sus propios labios la hermosa historia que nos dejó en los primeros capítulos de su Evangelio en cuanto al nacimiento e infancia de Jesús. ¿Quién más podría habérselo contado? Hubo cientos, si no miles, de personas a quienes Lucas podría entrevistar y quienes podían darle la verdad, refutando lo que Marcos y Mateo habían escrito, si esto fuese erróneo. Lucas y los otros evangelistas nos inspiran confianza; los cuatro presentan a Cristo como siempre consciente de su calidad de Hijo de Dios y de ser Dios él mismo. Ya se ve que al tratar de aceptar a Jesús como un gran maestro, de moralidad, de ética, y nada más habría que repudiar el testimonio uniforme de los Evangelios. Al hacer esto no queda nada de Jesús. Ahora sí, sería un mito porque no queda nada histórico en qué basarse. Jesús era, para sus asociados que mejor le conocían, plenamente Dios sin lugar de disputa; así fue aceptado y proclamado

aún en la vida de sus contemporáneos; no era el producto del crecimiento de un mito. Los mitos requieren tiempo para formarse; no se hacen de la noche a la mañana. Los mejores, si no los únicos, testimonios de Jesús fueron escritos dentro de la generación siguiente a su muerte. No hubo lugar para la formación de un mito.

Existe otro testimonio de la divinidad y humanidad de Jesús, el de millares de millares de vidas cambiadas, totalmente rehechas, por aceptar tal creencia. El testimonio de toda suerte de hombres, sencillos, analfabetos, pobres, perseguidos, pero también de los más grandes pensadores, de ricos y poderosos, de filósofos y científicos. El mejor ejemplo es el del mismo apóstol Pablo. El de ninguna manera iba a creer en "este impostor". Pablo era hombre erudito, educado en la mejor tradición de su pueblo. El tuvo un encuentro personal con Cristo; fue convertido llegando a ser el mejor intérprete del Maestro. Pero era cauteloso. Antes de comenzar su ministerio público, se apartó en Arabia por tres años para meditar, estudiar y poner en orden sus nuevas creencias. Pablo es magnífico testimonio de la deidad de Jesús, pero no es el único; ha habido centenares de miles de personas a través de los siglos que

han hallado nueva esperanza para una vida mejor en la comunión y la obediencia y la paz interior.

La iglesia de Cristo, con todos sus defectos, se mantiene también como eficaz testimonio del poder divino del Cristo resucitado, el mismo Cristo del Sermón de la Montaña y el mismo de quien testifican los cuatro Evangelios. ¿Hay dificultad en aceptar que Cristo sea a la vez hombre y Dios? Sí, sin embargo, quedan más dificultades sin resolver al no aceptarle. El pescador Pedro, vuelto predicador ambulante y acompañante de Jesús, tenía razón al decir: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente" (Mateo 16:16). Si fuéramos a enumerar los atributos que buscaríamos en Dios, los hallamos todos en Jesús.

Capítulo III

Jesucristo, Hombre

La evidencia presentada para demostrar a Jesucristo como Dios, no es todo lo que se puede decir acerca de él. El era Dios, es Dios, pero también plenamente hombre. El prefería usar este título para sí; Hijo de hombre, expresando así su identificación con todo hombre. Podemos decir que él era el hombre en su expresión cabal, era el hombre como Dios quiere que seamos, el hombre como podemos aspirar a serlo, el Hombre que representa en su perfección varonil a todo otro ser humano. El marcha en la vanguardia de la humanidad, Jesucristo, Hombre.

Nació en circunstancias de extrema modestia, fue criado en Nazaret, pueblo sin distinción, donde trabajaba como carpintero. Pasó su niñez y juventud, según indica la historia, como cualquier niño normal lo haría. Las leyendas de sus milagros como Niño Dios son éstas, leyendas y na-

da más. En su ministerio público, más tarde, él jamás hacía milagros por mera ostentación, para asombrar o granjearse popularidad. Es preciso, al estudiar su vida, distinguir entre historia y leyenda. Justamente es en relación a su humanidad que se ha creado toda la floresta de mitos y leyendas.

La Concepción Inmaculada

El nacimiento inmaculado de María su madre es leyenda. No hay en el Nuevo Testamento ni en otra parte que merezca confianza, una sílaba que apoye tal cosa. Sin duda, el propósito tras tal idea sería la de proteger a Jesús de la herencia del pecado original de parte de su madre, según la carne. Pero si así fuera, sería necesario librar de toda mancha, no sólo a su madre, sino también a su abuelo y sucesivamente su ascendencia de atrás y más atrás. La Biblia no dice, en parte alguna, que María estuviese sin mancha de pecado.

Asimismo la perpetua virginidad de María, es decir, que aun cuando Jesús naciera como todo niño mortal, ella quedase milagrosamente siempre virgen, y que jamás conociese a su marido ni tuviese otros hijos. La tésis aquí, sin duda, derivó

de los tiempos más adelante cuando el monasticismo difundió la idea de que el cuerpo y sus relaciones representaban un grado menos de santidad que la vida puramente meditativa y espiritual. Pero tal idea de la inferioridad de la vida casada para la mujer sería completamente contraria al medio ambiente en que vivió María y en que nació Jesús. Entre los judíos no era la mujer casada y con hijos la que mereciera lástima, que ocupara una condición inferior en cierto sentido; no la casada sino la soltera o la casada que no podía tener hijos. Véase el caso de la madre de Samuel en el primer capítulo de Primera de Samuel. Las referencias a los hermanos de Jesús, y por lo tanto, hijos de María que se encuentran en Mateo 12:47-50 y 13:53-56 donde el sentido más natural y obvio es que se refiere a los hijos de María y José, hermanos de Jesús. "¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Jacobo, José, Simón y Judas? ¿No están todas sus hermanas con nosotros?" Esto fue dicho por los vecinos en Nazaret, donde debían conocer perfectamente a la familia. No existe razón alguna por no dar a las palabras su sentido ordinario; los nombrados eran hijos de María. Ella vivió una vida ejemplar; es

un ejemplo digno para toda mujer y toda madre. No hay razón de inventar supuestas glorias y santidades a su alrededor que no tienen cabida, ni base.

Jesús fue plenamente hombre, nos dice en Hebreos 4:14-16. "El sufrió toda clase de pruebas igual que nosotros, pero sin llegar a pecar". El no llegó a ser nuestro Representante y Modelo gozando de toda suerte de garantías con las que nosotros no podemos contar: igual a nosotros pero sin llegar a pecar.

Toda la exagerada exaltación de María, su inmaculada concepción, su perpetua virginidad, su puesto de intermediario entre los seres ordinarios y su divino Hijo y su casi endiosamiento son todos ficción, fábulas, sin una palabra de base en las Sagradas Escrituras. Después de la muerte, resurrección y ascensión de Jesús, Lucas nos dice en Hechos 1:14: "Todos ellos se reunían siempre para orar con los hermanos de Jesús, con María su madre y con las otras mujeres". Ni una palabra de exaltación o distinción superlativa; María era simplemente una de las nobles mujeres que habían creído en Jesús y ahora esperan mayor instrucción, lo que resultó en la venida del Espíritu Santo en forma simbólica el día de Pentecostés. Y Lucas no vuel-

ve a mencionarla más, ni lo hacen los demás escritores, ni una sola vez. Ella misma en su noble Magnificat (Lucas 1:46) en forma indirecta, confiesa ser pecadora al decir "en Dios mi Salvador".

Toda la gama de leyendas de María se tejió más tarde en la edad monacal cuando los monjes despreciaban todo lo que tuviera que ver con el cuerpo como pecaminoso; no tiene eco en la Biblia misma. Por ejemplo, se cuenta de uno de los San Antonios que vivía en el desierto por muchos años y jamás se desvistió de sus ropas por temor de ser tentado por la vista de su cuerpo.

Pablo enseñó que el cuerpo es santo, que es el templo del Espíritu Santo, y el autor de Hebreos (13:4): dice: "Que todos respeten el matrimonio, y mantengan la pureza de sus relaciones matrimoniales". El Nuevo Testamento no indica que, delante de Dios, el cuerpo sea inferior en santidad al espíritu. Si Pablo, en unas referencias a su propia obra y el matrimonio, escribe que es mejor no casarse, no lo dice por una mayor santidad, sino que por la mayor facilidad para viajar y las condiciones arriesgadas en que un ministro viajero como él debía vivir. Cuando él dicta a Timoteo los requisitos para un obis-

po, dice: "El obispo debe ser esposo de una sola mujer".

¿En qué sentido era Jesús hombre?

El problema de la verdadera humanidad de Jesús, junto con su divinidad, provocó mucha discusión desde el principio. Algunos querían resolver la dificultad diciendo que Jesús no era en realidad hombre sino que asumía la apariencia de hombre; al otro extremo, otros decían que era hombre y por su estricta obediencia a la voluntad de Dios, éste le elevó a la calidad divina, sea en su bautismo, o después de resucitar de los muertos. Hubo otras variaciones más o menos heréticas entre los cristianos. Hubo duras controversias y el problema fue debatido con calor en Concilio tras Concilio; en Nicea en 325, Efeso en 431 y Chalcedón en 381 hasta que el cristianismo en general quedó satisfecho con la afirmación que decía que Jesucristo era uno con el Padre en cuanto a su divinidad y uno con el hombre en cuanto a su humanidad.

Pablo nos ayuda a comprender esta dificultad en su carta a los Filipenses (2: 5-11) cuando dice que: —traduzco libremente— "El que siempre había sido Dios

por naturaleza, no insistió en su derecho de ser igual a Dios sino que se despojó de todo sus privilegios al consentir ser un siervo por naturaleza y naciendo como hombre mortal. Y habiendo llegado a ser hombre, llevó una vida de la más absoluta obediencia, aún hasta el punto de morir. . ." Esto no es fácil de comprender, por cierto, pero Pablo está diciendo que Cristo Hombre y Cristo Dios no son dos personas sino una sola, combinado en una personalidad humana real. Cualquiera ilustración será deficiente pero ésta puede ayudarnos en algo. Alberto Einstein era uno de los más grandes científicos de todos los tiempos. Pero Einstein era también sencillo creyente en Dios. Cuando él iba a la sinagoga para adorar no pudo deshacerse de su calidad de gran pensador científico, pero mientras él adoraba a Dios su calidad de científico estaba refrenada, bajo cubierta e inactiva, por decirlo así. Por el momento él dejaba de ser el científico y era el adorador. Algo así era Jesús; era Dios, pero mientras ministraba aquí como hombre, mantenía su cualidad divina en suspenso, inactivo mayormente. Nunca dejaba de ser Dios, pero como Pablo lo expresara, se desnudó de su divinidad por un tiempo para ser plenamente hombre.

Jamás ha habido otro caso como el de Jesucristo, Hombre-Dios, y por más que nos esforcemos, no logramos explicarlo plenamente. Igual como en otras facetas de la religión de Cristo, podemos ver las evidencias y basándonos en estas evidencias, creemos; donde no podemos resolver todas las dificultades, podemos creer por lo que vemos en la vida y enseñanzas de él mismo.

Perdiendo al Cristo humano.

Volvemos por un momento al problema de los primitivos cristianos en lo que se refiere a la divinidad de Cristo. En los concilios mencionados arriba, lucharon por definirlo resguardando con celo el hecho de la divinidad de Cristo. ¡Y perdieron su humanidad! Los hombres y mujeres fueron atraídos al Cristo humano por su simpatía, su plena identificación con las luchas de cada uno. Repetidamente él decía: "Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados y yo os haré descansar" (Mateo 11:28). Y es aún ahora la profunda humanidad de Jesús lo que universalmente se siente y atrae. Los que sufren quieren "un Dios con cara de hombre". Cuando los primitivos lucharon con tanto celo por guardar la divinidad, dejaron escapar la humanidad

de Cristo y la pérdida fue grande. Esta falta dio lugar a la elevación de su madre María al lugar de una casi diosa para llenar esta sentida necesidad. Así llegaron a pensar: Ella es madre, ella sabrá sentir con nosotros nuestros apremios y María Mediadora sabrá cómo presentarles a su **divino** Hijo. No obstante, Jesús se representó muchas veces como único Salvador y único mediador entre Dios y los hombres. "Solamente por mí se puede llegar al Padre" y "Los que vienen a mí, no les echaré fuera" (Juan 14:6 y 6:37). El más empedernido pecador puede venir directamente a Cristo, seguro de ser recibido y perdonado si viene con corazón arrepentido en sinceridad y verdad, sin necesidad de otro intermediario.

Era éste el Jesús que atraía a sí a todas las clases de gente de su día desde María Magdalena y la mujer samaritana hasta Nicodemo y José de Arimatea, y es él que sigue atrayendo hasta hoy, el Cristo profundamente uno de nosotros, miembro de nuestra familia, Hermano Mayor de cada uno. Las personas de cualquier nación, cuando llegan a conocer y seguir a Cristo, tienen la tendencia de creer que Jesús era de aquella nación. Una mujer adulta en Suecia dijo que ella tenía veintiún años an-

tes de darse cuenta de que Jesús no era sueco de nacionalidad. En las tierras de Asia oriental cuando los artistas pintan tarjetas de Navidad, representan a Jesús decididamente oriental con ojos oblicuos. ¡Profunda verdad! Así es. Jesús era judío pero era mucho más; era y es universal. El no era hombre delicado, casi femenino, como tan a menudo los artistas tradicionales le han representado. Era hombre fuerte con tremenda personalidad; impresionaba a todos por su innato poder y autoridad.

Pero si quiere conocer a un hombre, tal como es, no se contente con conocer a sus amigos. ¿Quiénes son sus enemigos?

La oposición.

Jesús tenía poderosos y porfiados enemigos. Los judíos de Palestina habían heredado desde los tiempo del Cautiverio en Babilonia una rigidez y puritanismo, fortalecido por los esfuerzos de los invasores para obligarles a asimilarse a la cultura griega. La secta de los fariseos representaba a la vez lo mejor y, en el sentido religioso, lo peor de su época. Se esforzaban en practicar a la letra las leyes de Moisés y los profetas; muchos de ellos genuinos representantes de lo mejor del judaísmo.

Pero habían llevado a tal extremo la observancia de la letra de la ley, las prácticas externas, que ya quedaba una mera fachada de religiosidad genuina. Conozco el caso de una familia judía en esta ciudad que observa con extrema exactitud los detalles de la ley; barre la casa varias veces al día, se lavan las manos puntualmente según las demandas de los rabinos antiguos, y cumplen con todas las ceremonias de su fe. Pero al mismo tiempo los hombres son inmorales hasta el extremo. Por cierto que tal hipocresía no se limita a los judíos. Tal es el peligro de una religión formulista que ha perdido el espíritu. Así eran muchos de los fariseos del tiempo de Jesús y éstos le atacan a él fieramente; ¡el destruía las antiguas costumbres!

Los saduceos eran la secta de los ricos, los latifundistas y prestamistas o banqueros. Ellos conrolaban la alta jerarquía del sacerdocio y colaboraban con los invasores romanos para proteger así a sus intereses. Llegaban a ser casi un gobierno dentro del gobierno; controlaban el poder religioso y político en gran parte. Tenían muchos motivos para atacar a Jesús; eran casi unánimente sus tenaces enemigos. El atacaba sus privilegios y abusos de poder, minaba su prestigio. Probablemente eran, mayormen-

te, éstos los que lograban la muerte de Jesús.

Los esenios eran una secta minoritaria y de gente de clase medio pobre, muy estricta en la observancia de su interpretación de la ley de Moisés. Eran semejantes a los cristianos en mucho pero hubo diferencias de significado. Es posible que algunos de los discípulos de Jesús pertenecieran a esta secta. En los años recientes se han descubierto evidencias de una subsecta de éstos por medio de los Documentos de Qumrán, rollos hallados en las cuevas al lado del Mar Muerto. Ellos insistían en una observancia exagerada de las leyes del sábado, por ejemplo, lo que Jesús repudiaba.

Hubo otras sectas menores, algunas políticas, otras religiosas, que se mencionan en los anales del ministerio de Jesús. Los Zelotes eran los guerrilleros nacionalistas, fanáticos opositores a los romanos. Simón, no Pedro, uno de los Apóstoles, llevaba el apodo de Simón Zelotes; evidentemeinte había pertenecido a ellos. Los escribas no constituían una secta, eran tal como la palabra indica, los copistas oficiales, los que conservaban las Escrituras en su pureza y de allí llegaban a ser los intérpretes de la Escritura.

Las relaciones de Jesús con la gente.

En los Evangelios se menciona a menudo a los samaritanos, a los "pecadores" y a los publicanos todos los cuales eran odiados con furia por los correctos fariseos y saduceos. Los samaritanos eran mestizos, tanto de raza como de religión. Habían sido traídos para ocupar la tierra después de que los judíos nativos habían sido llevados en cautiverio. Adoraban a Jehová pero sin el sacerdocio oficial y con ritos mestizos. Los "pecadores" no eran, como se podría pensar, los culpables de delitos delante de Dios, sino los que no asistían a los cultos ni se cuidaban mucho de la observancia de la ley mosaica. Los publicanos eran judíos nacionales que habían aceptado el empleo como recaudadores de impuestos para los odiados invasores. Naturalmente no fueron muy queridos de nadie; fueron considerados como traidores. Mateo el apóstol y autor del Evangelio, era uno de ellos.

Todos éstos eran objeto del cuidado y atención de Jesús. Sería erróneo decir que él haya dado preferencia a una clase. El atendía con cariño a todos sin hacer distinción entre pobres y ricos, despreciados o tenidos en alto honor. Escuchaba solíci-

tamente al distinguido rabino Nicodemo como a la mujer al lado del pozo de Jacob (Juan 4), tan pronto a Zaqueo el rico publicano como al enfermo desde nacimiento; él no aceptaba clases en ningún sentido; era precisamente por esto, en parte, que los saduceos y fariseos le despreciaban tanto. Pero las multitudes le seguían con gusto; "El pueblo —común— le oía con gozo".

Se puede juzgar a un hombre por los que son sus enemigos, y por lo que le causa enojo. Jesús nunca demostró enojo por las injurias que a él, personalmente, se dirigían, pero sí con los explotadores de la religión. Les llamó "Serpientes, raza de víboras". Se indignó viendo el mercantilismo que imperaba en los servicios del Templo. En una oportunidad retorció unos cabos de cordón y vuelto un ciclón de ira, arrojó a los comerciantes de religión fuera del recinto. No era el látigo de cuerdas lo que los explotadores temían, era la santa ira que se veía en su rostro.

Jesús enseña la doctrina de la paciencia, la de no resistir con espíritu de venganza. "Si alguien te demanda y te quiere quitar la camisa, déjale que se lleve tu saco. Si te obliga a llevar carga por una milla, llévala dos millas" (Mateo 5:40,41). Algunos

objetan que tal enseñanza alienta al abuso. Pero hay que tomarlo en su contexto, lo que muchas veces no se hace al comentarlo. Jesús recién estaba diciendo que la antigua ley de ojo por ojo, diente por diente, no era lo mejor; que sería preferible ir al otro extremo antes de vengarse o guardar rencor. Jesús jamás enseñó la sumisión incondicional a los abusos o la opresión.

Jesús era el perfecto maestro. Siglos antes de conocerse las modernas leyes de pedagogía, él las estaba usando. Empleó mucho el cuento didáctico o sea, la parábola. Podía decir mucho en pocas palabras. Por ejemplo, la doble parábola en Mateo 13 del tesoro escondido —y hallado— y la perla de gran precio. En unas setenta palabras él nos deja una joya de enseñanza que sus oyentes guardarían en la memoria, pensando y meditándola, hasta por fin aceptarla y aplicarla a sus vidas. Empleaba muchas figuras e ilustraciones, todas con palabras sencillas y comprensibles; sembrar el campo, la moneda y la oveja perdida, tomar la escoba, prender una vela y barrer y buscar, moneda prestada a cambista o dejada como capital de trabajo, pan, agua, luz, y muchísimas más, todas fácilmente entendibles aun por la gente s preparación.

Notemos una cosa más de Jesús, su santidad; no una santidad ficticia o puesta como un abrigo, sino la santidad tan natural y genuina que no se notaba como extraña. Jamás Jesús da muestras de sentirse compungido, de sentir que había hecho algo malo; nunca pidió perdón a nadie. Perdonaba los pecados de otros con tal autoridad que el perdonado quedaba satisfecho y con paz en su corazón. Los otros santos de la Biblia siempre mostraban un sentido de indignidad delante de Dios, Isaías, ante una visión de Dios y con el rostro en el polvo, clamaba: "¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios. . ." (Isaías 6:5). Jeremías se expresa en forma parecida y el amado Juan, fiel compañero de Jesús, dice: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y somos falsos" (1 de Juan 1:8). El valiente Pedro llora una y otra vez sus graves faltas.

Jesús asume una posición de superioridad moral sobre los demás; una y otra vez, dice: "Él que me ha visto ha visto al Padre". Jesús era santo; esta era la convicción que dejó en aquellos que estaban más cerca de él. No tenemos razón por poner en duda este juicio.

Jesús de Galilea era Hijo de Dios y

por lo tanto tiene poder para perdonar nuestras faltas contra Dios; era Hijo de Hombre, nuestro Hermano Mayor. Podemos estar seguros de que él comprende nuestra situación, nuestras dificultades, nuestras dudas, y sabe subsanarlas. Podemos tener entera confianza en él. Él poder de Dios está con él y él puede darnos la paz con Dios que tanta falta nos hace, y fuerza para vencer los problemas, día por día, y finalmente él puede asegurarnos el permanecer junto a él después de la muerte del cuerpo.

Otras religiones tienen sus fundadores; ninguna otra reclama a Dios mismo, actuando en la historia en forma humana, como su fundador.

Capítulo IV

Dios

¿Cómo describir o explicar a Dios? El hombre mortal no es capaz de hacerlo. Si lo fuera, Dios no sería Dios, sería finito y limitado como el hombre mismo. Sin embargo, no hay que pensar que nada podemos descubrir o saber de él. Nos ha dejado evidencias de su Ser y de su obra, evidencias que podemos escudriñar con provecho.

Ciertamente no podemos comprobar la existencia de Dios. ¿Qué método emplearíamos? ¿Un contador Geiger como el que se usa para detectar los rayos cósmicos? ¿o una fórmula matemática, o una prueba de laboratorio? Ciertamente que no. Recordemos que vivimos en un mundo de varias dimensiones. Hay un mundo de materia, sustancias tangibles, pero hay otro mundo del espíritu donde existe el honor, el odio, el amor, la traición, la fidelidad, el perdón, la magnanimidad; éste también es real. Es allí donde más fácilmente encontraremos a Dios.

El Ser de Dios ¿cómo es?

Los hombres de todos los tiempos y de todas las razas han creído en Dios de alguna manera. Aún los ateos simplemente cambian un dios por otro, el Dios de los cristianos por un dios de su propia fabricación.

Pero cuando llegamos al momento de formar un concepto definitivo de Dios tenemos gran dificultad; ¿cómo es Dios? Hay diversas maneras de pensar en él. El panteísmo, por ejemplo, piensa que "Dios es todo y todo es Dios" y hay algunas sectas cristianas que se acercan a esta manera de conceptuar a Dios, los de la Ciencia Cristiana entre otros. Pero las preguntas abundan: ¿qué queremos decir por **todo**? ¿Incluye **todo** el mal junto con todo el bien? ¿Dios sería igualmente el autor y responsable por los más horrendos crímenes como de los más grandes bienes morales? Y suma y sigue, cada vez mayor confusión a medida que penetramos en la dificultad. El panteísmo no resuelve nada frente al problema de Dios.

Los Epícureos de la antigua Grecia creían en Dios pero que él era tan trascendente, tan alejado de los seres como no-

sotros, que no podía ni preocuparse en manera alguna de nosotros. Su creencia en Dios no llegaba a relaciones personales de devoción y amor en manera alguna.

El Hinduísmo se expresa en diversas formas acerca de Dios pero en general podemos decir que el hinduísmo cree en un Dios de la nada; su mayor esperanza es de llegar a reunirse con este dios y dejar de sufrir, de sentir cosa alguna tal como una gota de agua quiere volver al mar y dejar de existir aparte de su origen.

Los mahometanos ciertamente creen en Dios y su concepto se acerca más al de los cristianos. Pero se deja ver las ideas de su fundador en el concepto de un dios de dura e inflexible justicia; premios en grande para los que obedecen y castigo implacable para los incrédulos. Hay múltiples otras formas de pensar en Dios, diversas manifestaciones del hambre del humano para un Ser Supremo a quien puede dirigirse en busca de ayuda, de directivas para su vida, de paz en su corazón.

Una forma muy común hoy de pensar en Dios es de negarle como una entidad alguna. El mundo, el universo, con todo lo que conocemos ha llegado a existir por... ¿Qué?... por sí mismo no más, las fuerzas naturales desde el principio hasta

el fin. Los marxistas y muchos más así piensan. Pero el hombre que así piensa se ve en la necesidad de dar los atributos de una persona a la misma naturaleza. "La naturaleza ha formado. . . La naturaleza ha seleccionado". . . , etc. haciendo así, sin querer, un dios de la misma naturaleza.

Todo ser humano, en un sentido u otro, siente la necesidad de Dios, exprésese como quiera sus ideas acerca de él. Hay necesidad moral de Dios, no se puede vivir sin él.

Si no hay alguna autoridad mayor a quien todos tenemos que rendir cuenta y por cuyas normas debemos medir nuestras acciones, el mundo no tiene sentido, a lo menos en lo moral. ¿Dónde está la regla por la cual medir la vida? Si no hay Dios, la moral será tan caprichosa como la moda. Lo que es recto será determinado por la voluntad o capricho del dictador reinante del momento o de la clase que está en el poder. Desaparece toda distinción real; santo y canalla vienen a ser lo mismo. No, tenemos necesidad de un Ser Supremo y los cristianos estamos seguros de que tenemos tal Señor y Dios, el Padre de Jesucristo. Hallamos las huellas de este Dios Creador por todas partes y en cada avenida de la vida.

Dios y la ciencia.

Las maravillosas conquistas de la ciencia en estas últimas décadas nos llenan de justo orgullo en la sabiduría y habilidad de hombres como nosotros. El hombre llegó a la luna y tiene su ojo puesto en los planetas y allí llegará sin duda. Hace cosa de veinticinco años por vez primera un ciclotrón reventó el átomo; la fuerza era tan poca que la máquina más sensible apenas la registró. En estos días, en el Oeste de Estados Unidos, explotaron una bomba mil quinientos metros debajo de la tierra en roca viva. Tenía una fuerza de varios millones de toneladas del explosivo más potente que existe fuera del grupo atómico, la TNT. Fundió la roca como vidrio dejando en la tierra allí abajo un hoyo de doscientos metros de diámetro. Por cualquiera fase de la ciencia que miramos hallamos semejantes maravillas. ¿Cómo han podido hacerlo?

Por estricta aplicación de las leyes naturales que Dios dejó implantadas al constituirse este universo. El camino para reventar el átomo, o llegar a la luna, o desentrañar los secretos de la vida celular del animal, es uno y lo mismo; estricta adherencia a las leyes de la física, o de la zoolo-

gía, o la que sea. Un Dios de orden plantó estas leyes en nuestro mundo. El hombre no las inventó ni las ideó; las descubrió y sabe bien que es imprescindible obedecerlas estrechamente si espera lograr avance alguno donde rigen estas leyes. Habitamos un universo donde impera la ley. ¿Leyes naturales, decimos? Sí, naturales pero la naturaleza no las inventó tampoco. Llevan la marca de la inteligencia, de propósito; llevan la indicación de Alguien más allá de la naturaleza como su autor.

Un amigo me contó del araña del agua. Hace un nido debajo del agua, en forma de un cono. Tiene en su vientre pelitos impermeables. Esta araña abre los pelos, recoge así una burbuja de aire; se sumerge y debajo de su cono suelta el aire para mantener así seco y aireado el nido para su cría. No se puede imaginar cómo la naturaleza, ni en un millón de años, podría haber enseñado al bichito que hiciera tal cosa pues cada experimento terminaría en la muerte del experimentador. La araña debió ser creada así desde el principio.

Dios ha construido nuestro universo sujeto a la ley, y ley estable. Se puede confiar en su estabilidad. Los astronautas podían llegar a la luna porque los ingenieros hicieron sus cálculos de acuerdo con las le-

yes de masa, de gravitación, de fuerza, etc., en forma exactísima; y las leyes no les defraudaron. Usted no teme que de repente los ladrillos de su casa se desliguen de la gravitación y en la noche se vayan flotando por los aires. Ud. puede quedar tranquilo, las leyes son de confianza porque Dios las hizo, él las puso aquí.

Dos más dos son cuatro en cualquier país y en cualquier idioma. ¡Ni una ley del Congreso puede cambiar esto! Está establecido así en la misma constitución del mundo.

Es común pensar que los intelectuales y científicos son antirreligiosos. No es así. Existe bastante oposición a la religión pero por lo general no es de parte de los hombres mejor informados sino de los seudointelectuales y científicos.

La religión y la ciencia no son antagónicos; son dos disciplinas de la vida que corren paralelas, no contrarias la una de la otra. No hay razón de dejar de creer en Dios por los muchos avances de la ciencia; todo lo contrario, hay mucho más razón para poner la fe en él. Más en cuanto a este supuesto antagonismo lo veremos en párrafo más adelante.

Los más eminentes científicos son, en gran porcentaje de los casos, hombres re-

ligiosos. Alberto Einstein, ya mencionado, Werner von Braun, jefe general de toda la obra espacial para Estados Unidos, es un devoto creyente y ha escrito artículos acerca de su fe, para la prensa secular. Roberto Milliken, inglés y ganador del Premio Nobel en Física, dice: "Parece cada vez más claro que hubo una Presencia Personal en la creación del mundo". Un oficial de la NASA radicado en Chile, ha dicho: "A medida que los científicos van haciendo mayores descubrimientos, encuentran mayores evidencias de la existencia de Dios". Los seis primeros hombres que llegaron a la luna son activos cristianos, uno católico, otro predicador laico metodista, y otros de diversas sectas.

Hay ateos convencidos entre los grandes hombres de ciencia, igual como los hay en cualquiera división del saber pero el ateísmo no es en manera alguna, marca de saber científica.

La Ciencia y la Biblia.

También muchos piensan que la Biblia y la ciencia se contradicen; no se puede creer en las dos a la vez. Bien comprendido, no existe contradicción alguna entre la Biblia y las verdades comprobadas de la

ciencia. Campo de batalla para muchos críticos es el mismo principio de la Biblia, la historia de la Creación. "¿Cómo se puede pretender que Dios haya creado al mundo en seis días, cuando la ciencia demuestra más allá de toda duda que el mundo ha sido el producto del gradual desarrollo a través de millones de años?" El error aquí es el de muchos; el de confundir el área de operación de la ciencia y el de la Biblia. Ésta no pretende ser libro de ciencia sino del espíritu; de las luchas morales del hombre, de la revelación de parte de Dios al hombre en muchas maneras y a través de muchas personas, culminando en la persona de Jesucristo. La ciencia trata, mayormente, de cosas tangibles, de materia, de fuerza, de acción y reacción de la una con la otra, etc. La Biblia trata de la vida del espíritu, de las luchas del hombre para superarse, de perfeccionar su relación con Dios, de hallar el amor, el honor, la paz, el compañerismo, la vida en su expresión espiritual más alta.

La historia en Génesis de la creación del mundo debe mirarse del punto de vista poético. Proclama preciosas verdades, verdades fundamentales, pero en manera alguna pretende decirnos en detalle cómo Dios hizo el mundo; Dios estaba allí, Dios

dirigía la operación, esto es lo más importante que nos está diciendo la historia de Génesis.

En manera alguna es necesario —en verdad es imposible— creer que Dios creó el mundo en seis días, si bien el lenguaje, al principio parece decirlo así. En versículos más abajo (Génesis 2:4) dice: "Estos son los orígenes de los cielos y la tierra cuando fueron creados **el día** que Jehová Dios hizo la tierra y los cielos". **Día** aquí no podría significar en manera alguna un día de veinticuatro horas. Es un período o una época, un tiempo. Y no hay obstáculo en entender los seis días y seis noches en semejante sentido.

Pero, aun cuando hubiese alguna pequeña diferencia, no por esto desacredita la veracidad de la Biblia. Ella no es libro de ciencia; es libro del espíritu. Sin duda, si buscamos con ojo crítico, podemos hallar discrepancias científicas en la Biblia. Los antiguos creían que el mundo era plano y que era el centro del Universo, y hay frases en la Biblia que emplean tal terminología. Pero la Biblia está en el lenguaje que la gente de aquel tiempo podía comprender; no en términos científicos de hoy.

Aún así, si examinamos bien la Biblia, descubrimos que está en maravilloso acuer-

do con las líneas de la ciencia. Por ejemplo en la misma historia de la creación, Génesis 1 y 2, hallamos que los pasos indicados en la creación concuerdan casi exactamente con las líneas generales que la ciencia indica; desarrollo gradual y progresivo, de lo menor a lo mayor, de lo animal, al fin, al hombre, y el hombre creado de lo que ya existía —en cuanto al cuerpo— "el barro". Si bien la Biblia insiste en la acción de un Ser Supremo, Dios estaba allí controlando, dirigiendo.

Hay pequeñas variaciones en cuanto a datos científicos y en los datos históricos, pero no son datos que influyen en la vida superior del hombre. En lo que toca al camino del hombre con Dios, dónde y cómo él cayó en el pecado, y cómo Dios ha luchado para restaurarle a su comunión, allí no encontraremos error alguno que podría desviar al hombre buscador del camino que le lleva a Dios.

Dios, tres en uno.

Aquí llegamos a lo que es, tal vez, el problema más difícil de resolver en la religión cristiana: la trinidad de Dios.

Dios es personal, de esto no cabe duda si aceptamos en manera alguna la tesis

de Dios que sostiene el cristianismo. Dios está representado desde el principio de la Biblia actuando como una persona. Y cuando llegamos al Nuevo Testamento y la persona de Jesucristo, más aun vemos la personalidad de Dios. Pero decir que Dios es Persona y a la vez decir que es tres personas, Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo nos lleva a un fenómeno que no se conoce en ninguna parte.

La doctrina de la Trinidad no se halla expresada definitivamente en el Antiguo Testamento. Los judíos, hasta hoy, rechazan fuertemente la idea de la Trinidad; sostienen que Dios es uno y efectivamente sus Escrituras, el Antiguo Testamento, lo enseñan así. El credo corto de los judíos en Deuteronomio 6:4,5, dice: "Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo corazón, y de toda tu alma y con todas tus fuerzas". ¿Si Dios es —era— tres personas, ¿por qué enseñó o dejó enseñar tan fuertemente a su pueblo escogido que Dios es uno? Hay razón. Israel vivía entre pueblos que tenían varios dioses a la vez y descubrimos esta tendencia entre los judíos, contagiados por sus vecinos. Los profetas debían tronar contra la idolatría, el culto a "otros dioses". Dios está empeñado —si podemos emplear lengua-

je humano de él— en asentar sólidamente en Israel que hay un solo Dios.

Pero cuando llegamos al Nuevo Testamento los judíos ya tenían firmemente implantada esta doctrina: Dios es uno; hay un solo Dios. Los primeros cristianos que eran todos judíos, creían esto y jamás se apartaban de ello, ni lo más ligeramente. Pero ellos vieron en Jesús todos los atributos de Dios; poder, sabiduría, bondad para los afligidos y disposición para perdonarles sus pecados, etc., y no podían menos que llegar a la conclusión de que él era Dios. Y el ángel al anunciar a María el nacimiento de Jesús, dijo: "María, no tengas miedo, pues has encontrado favor delante de Dios. Ahora vas a estar encinta y tendrás un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Él va a ser grande; será llamado Hijo del Dios altísimo, y Dios el Señor le hará rey como su antepasado David para que gobierne a la nación de Israel para siempre; y su gobierno nunca terminará. El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y el poder del Dios altísimo te envolverá como una nube. . . y lo llamarán Hijo de Dios". Lucas 1:30-35. Aquí vemos claramente la Trinidad actuando en plena armonía. Para estos nuevos cristianos, todos judíos como he dicho, habría sido imposible pensar en dos

o tres dioses; ellos sabían bien que había un solo Dios.

Y el caso se complicaba más; Jesús enseñaba claramente que había un Espíritu Santo que vendría para reemplazarle en la tierra y se identifica de tal manera con este Espíritu Santo que viene a ser lo mismo como él o el Padre.

Los cristianos, ni aún Pablo el erudito filósofo, no trataban de reconciliar o explicar el misterio; simplemente lo aceptaban: Dios es Dios el Padre y Cristo el Hijo y el Espíritu Santo. Todo el Nuevo Testamento así enseñaba sin cuidarse de resolver el problema de cómo podía haber tres personas, cada una distinta y completa, y sin embargo decir que los tres son un solo Dios. Ciertamente en la experiencia humana no conocemos tal caso jamás. Pero en la divinidad puede haber lo que no seamos capaces de desentrañar lógicamente. Toda ilustración de tales cosas tiene que ser imperfecta, pero lo que sigue puede ayudarnos en algo.

Si podemos pensar en una Persona Dios, todo sabio, todo amor, todo poder. Y coexistiendo con esta Persona hay otro igualmente omnipotente, omnisciente, todo amor y bondad. Y otro más con iguales atributos en absoluta perfección. Si fuese

así lo que piensa Uno pensarán igualmente los otros dos. Lo que se propone hacer cualquiera de los tres, los otros dos ya estarán pensando hacer lo mismo. Y así es como lo hallamos en el Nuevo Testamento. Cristo Jesús muere en la cruz pero el Evangelio de Juan (3:16) atribuye este acto a Dios el Padre y en parte al Espíritu Santo. Cristo resucita de los muertos y generalmente los escritores del Nuevo Testamento le representan como resucitando por el poder que había en él mismo. Sin embargo Pedro, en el día de Pentecostés, dice de su resurrección: "al cual Dios levantó" y "A este Jesús resucitó Dios", y Pablo también hablando en Atenas dice de Dios que "dando fe a todos con haberlo levantado de los muertos", y en 1 Corintios 15 "Hemos testificado de Dios que él levantó a Cristo" (de los muertos). También se atribuye la resurrección al Espíritu Santo aunque no en forma directa. En suma, podemos decir que el Nuevo Testamento consecuentemente atribuye a cada uno iguales actos y poderes como a los otros dos. Si bien hallamos en general líneas de diferencia de función pero no en forma rígida.

Creemos en un solo Dios pero hallamos que este Dios es inmensamente rico y com-

plejo en su Persona tal como lo hallamos revelado en la Biblia. No podemos resolver el misterio de su Trinidad; sólo podemos creerlo y vivir en la riqueza de su conocimiento por fe y experiencia.

¿Por qué sufren los buenos? ¿Por qué hay terremotos?

Omar Khayyam se queja del mundo como "un pobrísimo esquema de cosas" y desea "hacerlo pedazos con sus manos y rehacerlo de acuerdo con las ganas de su corazón". Ciertamente todos sentimos así algunas veces. Pero Omar no nos dice cómo se procedería para hacer un mundo más de acuerdo con las ganas de su corazón. Hay problemas.

Si Dios es todo poder y todo amor, ¿cómo es que permite que los inocentes sufran? ¿Por qué permite él tanto sufrimiento en un mundo que él controla?

Mucho sufrimiento resulta definitiva y directamente de nuestros pecados. Esto lo vemos todos los días. "El que siembre el viento cosecha el torbellino". El muchacho que entrega su cuerpo a toda clase de abusos, beber, fumar, excesos de toda suerte, cosecha tarde o temprano amargo fruto y de allí no tiene a nadie que culpar

sino a sí mismo. Y tenemos que confesar que aún los que nos creemos mejores tenemos bastante mal en nuestra propia actuación que no podemos, honradamente, eximirnos del todo de esta clasificación en cuanto al mal. "La paga del pecado es la muerte", dice la Biblia y sentimos que es justo.

Pero vemos mucho sufrimiento que no parece ser consecuencia del pecado, o culpa de nadie; a lo menos visiblemente. Llegué un día a mi casa y en la esquina ví un grupo de personas mirando a una pequeña, muerta al lado de una bicicleta retorcida junto a un pesado camión. La niña estaba aprendiendo a andar en su preciosa bicicleta. Todavía insegura, torció de repente y cayó justamente frente a las ruedas del camión. Nadie podría culparle a ella. Ni tenía culpa alguna el camionero. No iba con velocidad y estaba mirando a la niña pero no pudo evitar el accidente. ¿Por qué tales cosas en un mundo de Dios?

Un amigo y vecino mío, médico caritativo, me encontró al llegar los dos a nuestras casas y me dijo: "Tuve un caso muy triste hoy. Tuve que decirle a una mujer que tenía cáncer incurable. Ella tiene cuatro niños chicos, su marido la abandonó, y ahora ella tiene contados meses de

vida. ¿Por qué permite Dios tales cosas?".

Innegablemente Dios podría habernos colocado en un mundo donde no podrían suceder tales tragedias. Pero piense bien qué clase de mundo sería. Todos seríamos maniquíes, títeres, sin derecho a elegir, sin responsabilidad y sin libertad alguna. Dios no quiso un mundo así. Él puso al hombre en un mundo de riesgos y de capacidades de crecer, desarrollarse por experimentar y aventurar. Pero junto con la capacidad de inventar y manejar pesados camiones va el riesgo de accidentes y Dios difícilmente nos puede librar de lo uno sin lo otro.

Y mi buen amigo el médico sabe mejor que nadie que las enfermedades son sociales, no particulares. Una persona coge un virus, y luego hay centenares de enfermos. La gripe o la tifoidea no hace distinción entre el malvado y el santo. ¿Qué pasaría si Dios interviniese en los casos individuales que nos parecen merecer especial protección? Luego los hombres dejarían de luchar y buscar remedios y alivio para el malvado, como igualmente, para el bueno. ¿Y qué tal santidad tendríamos? Una santidad a sueldo, que sería una santidad falsa, santidad barata. La presencia del mal y del sufrimiento en el mundo

no es prueba de que Dios no puede o no quiere ayudar a su pueblo, pero nos recuerda que vivimos en un mundo de solidaridad. Un ladrón desvalija una casa; luego todo el barrio tiene que cerrar sus puertas con candados. Un conductor maneja ebrio y mata a una familia inocente; luego hay leyes y controles para todos los conductores. Nadie puede vivir solo, vivimos en sociedad, quierámoslo o no y lo que hace uno afecta a muchos otros.

Pero ¿qué de tales desastres como inundaciones y terremotos? Allí el hombre no tiene posibilidad de controlar ni evitar el daño. Ciertamente la respuesta no es fácil. Podemos ver algo. Vivimos en un globo que está todavía en formación. La roca cede allá centenares de metros debajo de la superficie y toda una ciudad cae en ruinas y muchos mueren. Los hombres han pecado contra la naturaleza desnudando los cerros de árboles sin replantar; vienen fuertes lluvias y miles de toneladas de buen suelo va con el agua a los ríos, tapando éstos hasta llenar los cauces y después vienen las inundaciones. Aquí la tragedia se debe a la codicia e indiferencia del hombre, no a Dios ni a la naturaleza. ¿Qué hacer?

Cristo dijo, refiriéndose a la marcha del tiempo antes de su regreso a la tierra:

"Ustedes oirán de guerras y peligro de guerra... Habrá hambres, enfermedades y terremotos... pues así tiene que ser", Mateo 24:6, 7. Es decir la marcha de la historia traerá estos y otros sufrimientos.

Podemos aceptarlos silenciosamente, estoicamente; aguantar sin comprender. Podemos hacer lo que muchos hacen, amargarse y quejarse contra Dios como si él nos hubiese hecho una afrenta personal. Pero el que tiene una fe vital en Cristo, en Dios como Padre, reaccionará de otra manera. Buscará transformar el sufrimiento en algo remediable; hacer que el sufrimiento le ayude a servir a otros con mayor comprensión y simpatía. Conocí a una anciana que por años no había podido dar un paso; vivía en silla de ruedas o en la cama. Tenía la cara radiante de gozo y nadie podía estar en su compañía un rato sin sentirse fortalecido, reconfortado en su fe en Dios y en los hombres.

Es bueno recordar que Dios no se exime a sí mismo de sufrir. ¡Sufrir Dios! No lo explico lógico ni teológicamente; es imposible ver cómo el Señor del Universo podría sufrir pero la Biblia nos asegura que así es. "En toda angustia de ellos él fue angustiado", dice Isaías (63:9) y recordamos que la religión cristiana empezó con un

ejemplo cumbre del sufrimiento de inocente, Jesucristo en la cruz.

En suma podemos estar seguros siempre de que el Dios de Jesucristo es un Padre de amor y compasión. Si él permite —no digamos jamás que él manda— el sufrimiento será con algún fin benévolo aun cuando no podemos alcanzar a ver cuál sería. Como en otros casos, tratándose de la Deidad, no alcanzamos a resolver ni explicar el misterio pero podemos conocer lo suficiente de Dios como para tener absoluta fe en su bondad y en su propósito de bien. Jesús transformó el epítome de crueldad y sufrimiento en algo sublime que constriñe nuestra profunda y solemne admiración y respeto hasta hoy. El sufrimiento puede ser instrumento de bien.

Capítulo V

Autoridad en la Religión, ¿Dónde está?

Si hay Dios y él es el creador del hombre es muy lógico que él se diera a conocer, cómo es él y cuál sea su voluntad para los hombres. ¿Dónde hemos de encontrar tal revelación de cómo es él y cuál sea su voluntad, su ley, para los hombres? No se asuste por la palabra revelación, no es tan extraordinaria. Experimentamos revelaciones todos los días. Cuanto más conocemos a una persona, tanto más esta persona está revelándose, dándose a conocer, a nosotros.

Y éste es el sentido cuando hablamos de la revelación de Dios; él se da a conocer. Pero nuestro problema es mayor que el de una palabra. ¿Dónde debemos ir en busca de esta revelación personal de Dios? Todos los cristianos, católicos romanos, católicos ortodoxos y evangélicos hallan en la Biblia esta revelación de la voluntad de Dios, aun cuando lo interpretan de manera diferente uno de otro.

Los católicos, ambas ramas grandes, añaden a la autoridad de la Biblia la de la tradición y en algunos casos la tradición ha pasado a ser de mayor peso en definir sus doctrinas y prácticas que la Biblia misma. Durante toda la edad media la Biblia fue sustraída del pueblo enteramente, y del clero casi totalmente. Hubo muchísima ignorancia; no hubo los medios de comunicación de hoy que hace posible que cada familia tenga noticias del mundo entero cada día. No hubo imprenta y las Biblias debían ser laboriosamente transcritas a mano.

Hubo una fuerte reacción en contra de la prohibición de la Biblia en la gran Reforma del Siglo XVI. Martín Lutero, Calvino y otros insistieron vigorosamnete en que "sola scriptura" —solamente la Biblia— podía ser autoridad para la base de la fe cristiana y las prácticas cristianas. Justamente al mismo tiempo llegó la imprenta que hizo posible la multiplicación de las Biblias, colocándola al alcance de todos.

¿Qué es la Biblia?

La Biblia fue escrita por unos cuarenta autores, en tres idiomas, hebreo, arameo y griego, a través de unos mil quinientos

años. Fue —y es— el libro sagrado de los judíos desde tiempos de Moisés. Con la venida de Jesucristo, los cristianos incluyeron las escrituras de sus apóstoles y hombres apostólicos en lo que se llama el Nuevo Testamento haciendo del todo, la Biblia que conocemos hoy día.

Todas las cosas buenas o valiosas se prestan a la adulteración y tergiversación y la Biblia no escapó a esta tendencia humana. Se ha prestado a respaldar toda suerte de males, la esclavitud, quema de brujas, una parte a lo menos de la Santa Inquisición y más y más. Allá en el siglo XVIII un teólogo inglés, empleando la Biblia misma, calculó hasta el día y hora en que Dios había creado el mundo, 4.000 años antes de Cristo. Felizmente la Biblia ha podido sobrevivir a los abusos de sus amigos y los ataques de sus enemigos. Voltaire predijo en su tiempo que la Biblia pronto quedaría solamente como una pieza para los museos. La casa en que él vivía en aquel tiempo es hoy día una casa para la distribución de la Biblia. Aquellos que como Voltaire quieren hallar en la Biblia meramente otro libro de experiencias de los hombres a través de siglos y nada más, están muy equivocados. Y aquellos que van al otro extremo y quieren hacer de la Biblia obje-

to de idolatría en extremada veneración, también están mal puestos. La Biblia no es en manera alguna un talismán; no tiene santidad propia. Es la historia de los encuentros de Dios con sus criaturas. Es santo, no por derecho propio sino porque revela la palabra del Dios santo y de sus propósitos santos hacia los hombres; por esto se llama la Santa Biblia. Desde el principio hasta la última página habla de Dios, de él como Creador, de su santidad, de su poder, su sabiduría, su infinita compasión y amor; habla también del pecado, la miseria y debilidad del hombre. Señala al hombre cómo puede hallar de nuevo la comunión con Dios, el perdón de sus faltas, fuerza para su debilidad, esperanza y gozo para su desesperación. La Biblia es de una pieza, es de Dios desde el comienzo hasta el final.

¿Cómo fue escrita la Biblia?

Pedro dice (2 Pedro 1:21): "Los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo". Y hallamos evidencia directa en las mismas Escrituras para confirmar esto. Cada autor escribió bajo la persuación de que el Espíritu de Dios le estaba guiando. Isaías, Jeremías y

los demás de los Profetas mencionan a menudo "Jehová me dijo": "Me vino palabra de Jehová..." etc. Y los escritores del Nuevo Testamento dejan su testimonio al mismo efecto. Pablo dice: (2 Timoteo 3:11) "Toda escritura es inspirada de Dios". ¿Cómo es inspirada? ¿Qué quiere decir esto de la inspiración?

Algunos, celosos por la absoluta infalibilidad de la Biblia, insisten en que significa que Dios habló cada palabra, cada sílaba, de las Escrituras en su edición original. Hay graves objeciones a esta idea. Primero, los originales han desaparecido totalmente desde hace mucho tiempo. Lo que tenemos hoy son traducciones y revisiones hasta cientos de veces y en muchas diversas revisiones o traducciones. ¿Cuál de éstas múltiples copias reproduce exactamente lo que dijo Isaías, o Pedro o Lucas? Ninguno. Las traducciones son fieles reproducciones del pensamiento de cada escritor sagrado y son dignos de toda confianza, pero no reproducen sílaba por sílaba las palabras del original. Quizás Dios permitió que los originales se perdiesen a propósito para evitar que llegasen a ser objeto de idolatría, reliquias santas. El mismo Espíritu Santo que guió en la escritura originalmente, ha podido guiar también en

las traducciones para conservar el mensaje de cada escritor.

La segunda objeción a los celosos defensores de la fidelidad literal de la Biblia es que Dios no nos dio la Biblia así. Moisés, David, Juan, escribieron sintiéndose bajo la dirección del Espíritu Santo, sí, pero conservaron su libertad personal. Cada uno escribió de acuerdo con las circunstancias de su tiempo y de acuerdo también con sus propias idiosincracias. Juan nunca escribió como Pablo. El tempestuoso Pedro siempre escribe de acuerdo a su carácter muy petrino. No eran meros copistas, escribiendo mientras el Espíritu Santo les dictaba lo que debían decir. No por eso era menos verdad la inspiración; era muy real. Dios cuidó que no escribiesen nada que podría desviar el hombre de su camino hacia Dios el Padre. Y es debido a esto que hallamos tan maravillosa unidad desde Génesis a Apocalipsis en todo lo que concierne al propósito céntrico de la Biblia; las relaciones entre el Creador y sus criaturas, los hombres; en esto no hallamos discrepancias ni contradicción.

Hay necesidad de constante revisión de la Biblia de generación en generación. Tengo una antigua Biblia —en inglés— de más de cien años. Contiene frases, perfec-

tamente usuales en aquel tiempo, pero que serían consideradas obscenas para el uso de hoy día. Los traductores hallan constantemente nuevas fuentes que les hace posible una Biblia más fiel a lo que escribió David y Lucas y Mateo. Por ejemplo, los pergaminos de Qumrán hallados hace una veintena de años al lado del Mar Muerto en Palestina, y otros manuscritos bíblicos o de asuntos bíblicos. Las constantes revisiones tienen dos objetivos mayores; cada vez una copia más fiel, y cada vez más exacta la expresión de la Biblia en el idioma que se usa hoy. Por ejemplo el gran tesoro que es la versión en castellano por Reina y Valera de hace cuatro siglos; ésta ha sido revisada parcial o completamente unas veinte veces. Esto es necesario, tanto por los nuevos descubrimientos de datos como por los constantes cambios de nuestro lenguaje.

Problemas éticos en la Biblia.

Hay pasajes en el Antiguo Testamento que parecen chocar violentamente con la ética cristiana. ¿Qué hacer con este problema? Por ejemplo el profeta y juez Samuel ordenó a Saúl que destruyese a los amalecitas "hombres, mujeres y niños, aun

los de pecho" (Samuel 15:1-3). Y lo hace citando la palabra de Dios como autoridad. Algunos simplemente toman el camino de atajo y dicen que Samuel entendió mal lo que Dios le había dicho y dio direcciones personales. Otros hallan mejor explicación de la manera siguiente: Samuel está ordenando un castigo judicial necesario y justificado y, de acuerdo con las leyes aún de Moisés, de "ojo por ojo, diente por diente" mandó la ejecución. Ciertamente no podemos imaginar a Jesús dando tal orden, pero es necesario recordar que la revelación de Dios era progresiva; fue adaptada hasta cierto grado a las costumbres reinantes en aquel momento siempre progresando en moral y espiritualidad hasta la venida de Cristo. Isaías, Amós, Oseas ya nos muestran una ética muy por encima de la de Moisés. Realmente es difícil conciliar tales prácticas como esta de Samuel —uno de los jueces más humanos—, pero cuando tomamos en cuenta la revelación progresiva, a lo menos podemos ver cómo podría ser así. Verdaderamente no hemos de ir a tales pasajes para buscar nuestra ética ideal, ni menos para justificar la venganza. Cristo, en esto como en otros ideales del diario vivir, nos lleva a un camino más alto. "Habéis oído que fue dicho. . . más yo os digo".

Cómo usar la Biblia en la vida personal.

Ya he dicho que la Biblia no es santa en su propio derecho; no es libro de magia. Cerrada, descansando sobre la mesa del centro, puede tener un pequeño valor como testimonio, pero prácticamente podemos decir que la Biblia cerrada no es de más valor que lo que el papel y tapa valdrían, es decir, como cualquier otro libro. La Biblia vale cuando es leída y, a lo menos en algún sentido y hasta algún grado, es comprendido. No es preciso que usted comprenda toda la Biblia, sus dificultades y problemas, antes de poder aprovecharla. La Biblia es una mina, un tesoro aún para el más sencillo. Si no conoce la Biblia no comience con la primera página para seguir leyendo. Comience con uno de los Evangelios, luego siga con el libro de Los Hechos, leyendo porciones a cada rato de los Salmos, de Isaías, y así. Poco a poco va familiarizándose y entonces sabrá aprovechar cada vez mejor las infinitas riquezas de este sagrado libro de Dios.

Algo más: Pablo nos dice que las cosas del Espíritu han de comprenderse con la ayuda del Espíritu. Si uno llega a la Biblia con actitud de crítica no hallará su pleno mensaje. Acérquese para aprender con

espíritu de niño; hallará riquezas para su alma. La Biblia es un libro razonable; use su razón también.

Hallará algo que le parece contradecir otra cosa. Por ejemplo, Pablo enseña fuertemente que la salvación del alma es obra enteramente de Dios (Efesios 2:8-10). Santiago (2:14-24) parece decir lo contrario, que el hombre es salvo por lo que hace. Examinando a los dos, vemos que no hay ninguna contradicción. Pablo insiste en que el hombre no puede salvarse a sí mismo y agrega que Dios nos salva para que hagamos sus obras. Santiago dice: Muéstrame tu fe sin obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras. Así debemos siempre tratar de ver cuál es la enseñanza total de la Biblia y no tomar un texto aparte de su contexto. Una parte de la Biblia se interpreta de acuerdo con el tenor de la Biblia entera.

Otros grandes libros tienen cosas buenas; el Corán del Mahometanismo, los grandes escritos del Hinduísmo, el Manifiesto de Marx y Engels, pero ¿llevará a los lectores a Dios? ¿Pueden transformarles moral y espiritualmente? ¿Muestran a los hombres cómo llegar a Dios en el perdón de sus pecados y alcanzar la paz en sus corazones? Sólo la Biblia hace esto.

Capítulo VI

La Iglesia, Herramienta de Dios.

¿Qué es la iglesia cristiana? Cristo habló muy poco de la iglesia; él se refería constantemente al reino de Dios. Pero la formación de tal institución como la iglesia sería inevitable y seguramente fue contemplado por Jesús. Aún cuando generalmente se refiere al Día de Pentecostés como el comienzo de la iglesia, es bueno recordar que ya existía alguna organización entre los ciento veinte que se reunían para nombrar sucesor a Judas, según el primer capítulo de Los Hechos.

La Iglesia y el reino.

La palabra iglesia en el Nuevo Testamento se emplea como 119 veces y casi

siempre se refiere a una organización localizada geográficamente, "La iglesia de Corinto —de Tesalónica— las iglesias de Galacia", etc. Unas pocas veces se refiere al conjunto de creyentes en Cristo de todo lugar y aún de todos los tiempos; en este uso se acerca más al concepto del reino de Dios.

Se puede hacer algunas distinciones rápidamente. El reino de Dios es invisible, está en manos enteramente del invisible Jefe o Rey, Jesucristo mismo. El hombre nada tiene que ver con su gobierno. Se llega a ser miembro del reino de Dios única y exclusivamente por la fe en Cristo. El ladrón en la cruz, al lado del moribundo Jesús, creyó en Cristo y él le dijo: "Hoy estarás conmigo en el Paraíso".

La iglesia también es de Cristo, pero es una asamblea de creyentes organizados para llevar adelante la obra de Cristo en la tierra. Es visible y ciertamente no infalible, pues está en manos de seres humanos muy falibles. La entrada en la iglesia también se presume que es por la fe en Cristo, confesada públicamente en el acto del bautismo. La iglesia no es salvadora; nunca ha sido este su propósito. Es la comunidad de los que ya son "salvos", públicamente conocidos como seguidores de Cristo. La

iglesia y el reino se complementan pero no son idénticos. Confundirlos ha llevado a grandes y trágicas consecuencias. El reino de Dios es infalible; la iglesia muy humana.

La democracia en las iglesias.

La real y total democracia no empezó en Atenas, o en Grecia; allí eran pocos los que podían aspirar a participar en el gobierno. La verdadera democracia empezó con las primeras iglesias cristianas, donde el más insignificante mendigo, ya hecho un cristiano, contaba y valía. En el nombramiento de un sucesor de Judas Iscariote en capítulo uno de Los Hechos ya mnecionado, no era ni Pedro ni los apóstoles que le nombraron, sino "los hermanos" que decidieron. Asimismo más adelante (cap. 5) cuando hubo tensión acerca de la más justa distribución de la ayuda a las viudas, los apóstoles propusieron el remedio a "todos los creyentes" (v. 2). Años después cuando Pablo estaba abriendo la puerta del Evangelio a los gentiles, hubo agudas diferencias de opinión y "los de la iglesia de Antioquía enviaron" a Pablo y a Bernabé para consultar con la madre iglesia en Jerusalem y allí también, la decisión, tras

dos o tres días de discusión, fue hecha por "los apóstoles y ancianos con toda la iglesia" (Hechos 15:22). Vemos por todo el Nuevo Testamento que la primitiva iglesia fue una verdadera democracia.

Pablo escribió nueve cartas —epístolas— a iglesias o grupos de iglesias y comenzó dirigiéndose en cada caso a "los hermanos de" tal o cual lugar y en un solo ejemplo menciona siquiera a los líderes. En Filipenses agrega: "incluyendo a los obispos y diáconos". Eso es democracia en teoría y en la práctica.

Cristo había dicho antes: "Ustedes no deben hacer que la gente les llame maestros, porque todos ustedes son hermanos y tienen solamente un Maestro, que es el Cristo. Y no llamen ustedes padre a nadie en la tierra, porque tienen solamente un Padre, el que está en los cielos. Ni deben llamarse jefes, porque Cristo es su único jefe". (Mateo 23:8-10).

Una iglesia simplemente de clérigos es una contradicción de términos; una jerarquía violenta los mismos principios de igualdad del cristianismo. La iglesia es una gran comunidad de iguales; iguales en la experiencia de la conversión a Cristo, unidas por la común experiencia de su pública y solemne profesión de su nueva fe en el

acto del bautismo, unidos por la experiencia del culto en conjunto, unidos por la experiencia de la oración a un mismo Dios y Cristo y finalmente unidos por el común propósito que anima a todos.

Lo que la iglesia cree.

Hay muchas sectas pero en general todas las distintas divisiones creen las mismas doctrinas básicas. Creen en Dios, en Jesucristo su Hijo, en el Espíritu Santo. Creen que existe en el mundo y en cada uno lo que se denomina el pecado, rebelión contra lo que Dios es y representa. Creen que Jesucristo es quién les puede arreglar esta lacra moral entre cada uno y Dios y lo puede hacer con justicia dado su sufrimiento de inocente en lugar de ellos los culpables. Esto es lo que se llama la salvación. Todos, o casi todos, piensan que la vida no termina en el cementerio, que hay continuación de la vida más allá. No son las doctrinas las que hacen las sectas, sino las diferentes interpretaciones de éstas.

Notemos como ejemplo dos o tres de las creencias que causan más perplejidad y oposición. Ojalá pueda ofrecer ayuda para su mejor comprensión.

La resurrección de Jesús.

Existe mucha oposición aún entre los clérigos de creer que Jesucristo haya resucitado en cuerpo de la tumba al tercer día después de su muerte en la cruz. Sin entrar en mucho detalle, ofrezco lo siguiente: Los discípulos **no** esperaban que Cristo resucitara. Las mujeres creyentes que habían presenciado la sepultura preparaban esencias para embalsamar mejor el cuerpo. Ellas fueron a la tumba el domingo en la mañana llegando a ser las primeras testigos de que Cristo había resucitado. Al informar a los apóstoles su hallazgo, a éstos "les pareció locura lo que ellas decían, y no lo creyeron" (Lucas 24:11). Jesús tuvo cuidado de aparecer a distintos grupos, en varios lugares y en diferentes formas. No quería prestarse para formar una leyenda, o mito.

Los testigos, las mujeres, los apóstoles y "más de quinientos en Galilea" según Pablo en su apología por la resurrección en 1 Corintios capítulo 15, todos eran personas mayores de edad, inteligentes y del todo capaces de distinguir entre un hecho real y solamente una fantasía.

Por otra parte, los hombres no están dispuestos a morir por lo que ellos saben es una falsedad. El hecho de la resurrección era el tema de la predicación de los primitivos cristianos "con gran poder" repite Lucas una y otra vez, y por tal predicación murieron. Los Evangelios y el Libro de Los Hechos fueron escritos dentro de aquella generación. Aún vivían multitudes que podrían desmentir las aseveraciones de Mateo, Marcos, Lucas y Juan si no fuesen veraces. Los mitos demoran en formarse dos o tres o más generaciones. La historia de la resurrección no tiene ninguna de las características de algo que haya crecido desde un fantasma hasta llegar a formar un mito. Toda la gente cristiana de esos tiempos estaban seguros de que daban testimonio de un hecho que había sucedido en su tiempo. Un milagro, sí, ni más ni menos.

Si un buen amigo de toda confianza me dijera que él había visto a un muerto de tres días volver a la vida, no le creería. "No puede ser" y punto; nada más de discusión. Pero tratándose de una vida tan extraordinaria como la vida de Cristo, la resurrección no extraña, parece del todo admisible y razonable.

La oración.

Es extraño que tantas personas se oponen, intelectualmente, al hecho de la oración. La verdad es que ellos mismos oran por impulso irresistible cuando llega una crisis. Tuve un vecino, que se jactaba de su ateísmo, un hombre de alta preparación, inteligente y que ocupaba un puesto de gran responsabilidad. Una noche un terremoto nos despertó. Mi casa crujía y se movía. Yo estaba asustado. Pero mi vecino lo estaba más. Estaba en su patio clamando angustiado a todos los santos del calendario, a Dios y a quien se le ocurría. Todos oran ocasionalmente. Cuando los astronautas del malogrado Apolo XIII estaban en inminente peligro de quedar para siempre vagando por el espacio, el Papa, el Presidente Nixon y muchos otros llamaban a la oración y millones de rezos salían de bocas que no acostumbraban nombrar a Dios en reverencia.

Pero si vamos a orar ¿por qué no orar con sensatez, en forma inteligente? Dios oye la oración. Boris Pasternak, gran escritor ruso y autor de **Doctor Zhivago**, es de una familia judía. El mismo en su juventud abandonó toda fe; se hizo ateo profesado. Pero siendo un hombre inteli-

gente y honrado, llegó a creer en Jesucristo. Testifica de que su fe en Cristo se hizo cada vez más preciosa en los años de dura privación intelectual en un país "lleno de hombres huecos". "Yo no podría haberlo soportado aparte de mi conocimiento de Cristo. Él vino a mí".

El hombre moderno no solamente puede orar; debe orar. En un mundo de tanto caos moral como es el nuestro, el hombre que aspira a serlo en toda plenitud, no puede realizarse sin la ayuda de Dios. La oración nos pone en contacto con Dios de tal manera que él puede llegar a nosotros con la ayuda que nos hace falta, nos puede dar firmeza, fuerza, estabilidad. La oración no es nada de magia, es el contacto inteligente entre una Persona y otra persona; permite que Dios nos halle.

¿Qué tiene la iglesia para el hombre de hoy día?

Tal vez no ha habido una época en que lo que la iglesia tiene que ofrecer al hombre tenga más oportunidad que hoy. Recuerde, sin embargo, que la iglesia en sí no es un fin sino un medio, el instrumento que Dios ha dejado aquí para adelantar las cosas que le representan a él y hacerlo

por medio de hombres de sinceridad y verdad aun cuando estos hombres sean como somos, muy deficientes e incompletos.

Atravesamos por un tiempo de cambios vertiginosos. ¿Qué dirección tomarán estos cambios? ¿Quién, o qué determinará esta dirección? ¿Veremos la desintegración de la sociedad civilizada? ¿Serán destruídos todos los valores alcanzados a través de milenios de penoso esfuerzo? ¿Quedaremos en un mundo sin normas o reglas morales alguna? En esta dirección se mueve mucho de lo que pretende ahora cambiar el mundo.

La iglesia no rechaza cambio pero la iglesia misma es el mejor seguro de que los cambios sean constructivos y beneficiosos sin destruir lo bueno que nos queda del pasado.

Las iglesias mismas están en proceso de cambios, algunos de ellos bastantes radicales. Los obispos de Holanda de la iglesia católica han editado un Nuevo Catecismo con admirables cambios, excelentes en su mayor parte. Herbert Haag, erudito escritor y teólogo católico alemán, presenta en un libro —traduzco el título— **¿El pecado original se halla en la Biblia?** y procede a mostrar que no. Hans Kung, otro católico alemán de ideas progresistas,

revisando el libro de Haag, concluye: "Los catecismos católicos, los libros de textos católicos, los decretos conciliares están todos en error; de necesidad entonces esto significa que el Papa es falible y el magisterium cuestionable". Tome en cuenta que lo citado es de distinguidos dirigentes católicos.

A cada uno le toca tener una parte en estos tremendos cambios que están pasando, no como un mero espectador o afectado sino como un participante dirigiendo, determinando la dirección que tomarán estas nuevas corrientes. Muy pocos podrán evitar una participación en esto. Para que pueda participar inteligentemente necesita la orientación que solamente la iglesia evangélica le puede dar. Pero también la causa de Cristo necesita lo que cada uno puede dar hacia la conformación de un mundo más estable y más justo. Pero no puede ser un mundo sin Dios. Los cambios, para ser beneficiosos, no pueden ser mayormente bajo la dirección de instituciones políticas ni educacionales, ni sociales, con prescindencia del lado religioso. Así quedarán sin base moral estable y una civilización con moralidad ajustada al capricho del momento no puede durar. La iglesia es la llamada a dar dirección a los

cambios en lo moral, la juventud, el matrimonio, relación entre los sexos; de establecer y mantener la moral pública y del estado.

Otra esfera en que la iglesia está llamada a prestar valiosa ayuda es en el sentido de comunidad. El hombre que antes trabajaba en el campo, tenía relaciones en la aldea o el fundo mismo. Hoy día ha sido destruída esta comunidad. El hombre de fábrica trabaja como un mecanismo, va a su casa en población o departamento, un solitario en una multitud. La iglesia está llamada a proveer el sentido de comunidad y lo puede hacer maravillosamente bien. Cristian Lalive tituló su libro sobre las iglesias evangélicas de Chile: **Refugio de las masas** recalcando este aspecto. La iglesia ofrece comunidad en el sentido más digno y constructivo.

La religión no es credo, doctrina; es vida, personas y sus relaciones entre sí y entre cada una y Dios; y esto es el mensaje de la Biblia. No es tan importante que todas crean exactamente lo mismo sino que todos se sepan hermanos en Cristo y por ende hermanos en el bien de la comunidad. La religión genuina no es algo para gozar en las grandes fiestas o en el día domingo; no un seguro para tiempos de catástrofe

como terremotos o epidemias. La religión verdadera es una fuerza vital y un gozo profundo, presente en cada día y bajo las más variadas circunstancias.

He tratado de dar explicación de lo que es el cristianismo. Pero la fe efectiva en Cristo es más que explicaciones; es una manera de vivir. El que acepta a Cristo como su Salvador y Señor, como uno que tiene derecho a ordenar la vida, este hombre entonces comenzará a comprender realmente lo que es la religión en toda su riqueza y bendición. Y esto es lo que precisa el hombre moderno, una fe real, sin vaguedades ni mistificaciones.

Capítulo VII

El Cristiano y su Conducta: La Etica.

¿A dónde se vuelve el hombre en su diario vivir para hallar reglas de conducta? ¿Cómo saber lo que es más recto y conveniente? Este departamento del saber se denomina la ética, palabra que los antiguos griegos usaban y que significaba carácter. Precisamente la conducta tiene estrecha relación con el ser integral, o sea el carácter de uno. Difícil será hallar algo más importante para la consideración de cada cual. J. Edgar Hoover, jefe del FBI —Federal Bureau de Investigaciones— de Estados Unidos, dice: "Gústenos o no, la moralidad que aceptamos como pueblo determina la sobrevivencia como nación libre". Veamos rápidamente algunas de las principales escuelas o maneras de formar normas de conducta.

Sistemas de ética.

El hedonismo viene de tiempos de la antigua Grecia. Presenta como norma de la conducta lo que da el mayor placer. Al principio era netamente egoísta. "Yo haré lo que me da a mí el mayor placer" entendiéndose el placer de los sentidos. Iba refinándose; no al placer sensual momentáneo sino el mayor placer duradero, el placer intelectual o artístico. Llegó a decir: La regla de conducta debe ser lo que proporciona el mayor placer, o bien, al mayor número. A esta altura se acercaba bastante a la regla de oro de Jesús. Pero el hedonismo carece de graves defectos. ¿Quién está capacitado para decidir cuál es el curso de acción que rendirá el mayor bien? No hay regla o metro por lo cual medirlo. Y en la práctica efectivamente el hedonismo tendía a bajar a su norma más baja; el mayor placer sensual al momento y para mí.

El humanismo

El humanismo es el sistema ético más general en nuestros días, si bien viene como heredero del pasado. Debe bastante al

hedonismo y aun más al sistema judío cristiano. Pero el humanismo rechaza cualquier deuda a la religión. Es netamente secular, un sistema "humano" y para los seres humanos. No acepta la tutela de la religión. No es anti Dios; simplemente quiere fijar normas de conducta sin tomar en cuenta para nada a Dios. Para los asuntos de cada día, Dios no se toma en cuenta.

El humanismo ciertamente se basa en un noble ideal, el bien de los seres humanos y para alcanzar este ideal depende del todo de la tradición humana, del ingenio y nobleza humana y de lo que los seres humanos pueden derivar de la ciencia para decidir su conducta.

Pero hay en el humanismo como en el hedonismo graves deficiencias. ¿Dónde está el metro, la medida fija, con que decidir cuál es aquella conducta que significará el bien para "el humano", el prójimo? ¿La tradición, los mores aceptados desde generaciones? Ciertamente que no; el humanismo está muy sujeto a los cambios sociales. ¿El gobierno? Por supuesto que no puede ser el gobierno. Al fin quedamos sin una norma fija a la cual todos pueden mirar para saber lo que sea la conducta más conveniente.

El marxismo.

A primera vista parece que el marxismo es una variedad del humanismo. Pero lo es en forma tan radical que vale la pena darle una ojeada aparte. El marxismo es rígidamente secular, nada con la religión en manera alguna. Todo tiene que buscarlo en "la ciencia", y al decir ciencia se limita estrictamente a su propia definición de lo que constituye la ciencia.

El marxismo no cree en la capacidad del individuo para elegir su propia manera de conducirse, su propia ética. Todo está conformado de acuerdo con el bien del partido —comunista o socialista—. Nada queda para la elección propia. Y el Partido define hasta el significado de las palabras. La democracia en lenguaje marxista es muy otra cosa que lo que significa la misma palabra entre otras maneras de pensar. No es el gobierno de la mayoría de la gente, es lo que digan o hagan los jefes del partido. La verdad no es la ausencia de mentira o engaño, es lo que más conviene al partido y únicamente esto. La "provocación" es cuando otro país o grupo cruza el camino en oposición a lo que el partido está proyectando o haciendo; eso es la provocación. El partido jamás provoca. Todos los mar-

xistas quieren la paz, pero la palabra paz en su diccionario es muy diferente de lo que el resto del mundo piensa al pronunciarla. La paz significa que nadie debe ofrecer oposición a sus programas o proyectos. Las guerras que ellos libran son de "liberación"; los que se oponen son "provocadores", imperialistas, o asesinos. Ellos buscan la paz.

Y así con multitud de palabras; tienen un sentido muy propio. Por ende es imposible discutir con ellos. No aceptan razones, solamente conformidad.

Su ética es de la más pura dictadura. Habla el jefe o los jefes, y los demás obedecen. En verdad no se puede llamar ética porque la ética implica responsabilidad de elegir, el individualismo. Pero hasta donde se puede hablar de ética marxista, ésta es fuertemente humanista, secular.

El Nuevo Catecismo Católico de los obispos holandeses cita las siguientes palabras del sociólogo Troelstra, escritas en 1915: "El materialismo histórico puede prestar buena ayuda para construir una nueva visión del mundo, pero no puede pretender ser una nueva filosofía completa de la vida. Su base es demasiado estrecha y sus métodos muy unilaterales... los más profundos instintos y deseos de la persona

humana quedan fuera de sus perspectivas sociológicas... mira a la persona humana desde un solo aspecto, a saber, como una función de fuerzas sociales... a la larga no puede satisfacer la disposición religiosa del hombre". Así escribió un sociólogo marxista.

La ética judío-cristiana.

La moral implica una guía, una norma en alguna parte a la cual apelar como absoluta, terminante. En París está la medida metro, medida a la cual todo otro metro en la tierra debe conformarse para ser legítimamente un metro. Por supuesto reglas de conducta no pueden ser tan mecánicas como el metro standard, pero aun así hay necesidad de algunas normas contra los cuales se comparan las acciones, impulsos y actitudes. La mentira debe ser considerada como mentira en todas partes y bajo cualesquier circunstancia. Luego alguien me está diciendo: "Pero hay casos cuando la mentira viene a ser necesaria, una virtud en vez de una falta". Toda regla tiene sus excepciones pero la norma debe quedar firme: No mentirás. Pero aun con tales normas en absoluto para la conducta, éstas no prevalecerán si no tienen tras sí una com-

pulsión fuerte. Precisamente tal compulsión moral hallamos en las normas de convivencia elaboradas en la historia judío-cristiana y estampada como mandamientos divinos. Estas normas, respaldadas por mandamientos de Dios, han probado ser en la experiencia de inmenso valor social y la moral de gran parte del mundo deriva, directa e indirectamente, de estas normas estampadas en la Biblia. Tenía que ser así pues no fueron de valor porque Moisés u otro las promulgasen en nombre de Dios; fueron estampadas en nombre de Dios porque son esenciales, básicas, para el bienestar humano.

Moisés no era original, por cierto, en sus maravillosas leyes. El Código de Hamurabi contiene muchas de ellas. Pero Moisés las tomó, las purificó en mucho y las promulgó con el aval de Jehová Dios. En el Código, hay como cinco o seis niveles de la ley; un código para el rey, otro para los sacerdotes, hasta uno para las masas y los esclavos. Moisés hizo una sola ley para todos desde el más alto hasta el más bajo. Moisés protegió al esclavo, la mujer, el extranjero, el pobre mucho más allá de lo que proveyó el Código. La mujer esclava, si era tomada como esposa, debía tener todos los derechos de la esposa

libre y sus hijos heredaban en igual pie con los de la libre. Las leyes protegían en muchas maneras al no privilegiado pero mandaba al juez que debía decidir por la ley aun cuando fuese en contra del pobre; no podía haber parcialidad. Tomamos un solo ejemplo. En Deuteronomio —Segunda Ley— capítulo 24, versículo 10-15 vemos el respeto para la personalidad y dignidad aún del más pobre. Si uno prestaba dinero, o especies a otro, no podía entrar en la habitación de éste para tomar la prenda en garantía; debía esperar afuera para que el dueño de casa se la trajese. Si el hombre era pobre, el prestamista debía devolverle su prenda al anochecer, para tomarla de nuevo al día siguiente, se supone, para que el pobre no sufriese del frío por falta de su manta. No debía explotar al jornalero pobre; tenía que pagarle su jornal a la puesta del sol sin hacer distinción entre nacionales o extranjeros. Todo esto en vista de la relación de uno y otro a "Jehová tu Dios". La dignidad y valor de cada uno y el amor de Dios y su deseo de bendecir servía así de base sólida para las reglas de conducta. Los Diez Mandamientos (Éxodo capítulo 20 y Deuteronomio capítulo 5) son un compendio corto de principios básicos de la moral que ha servido por más de tres mi-

lenios como guía admirable a los pueblos de muchas naciones. No han perdido su actualidad.

La tendencia de todo sistema religioso es de degenerar en formulismos, perder el espíritu vital para una aplicación mecánica y, muchas veces, hipócrita. Hallamos a los profetas hebreos, Isaías, Jeremías, Oseas y otros, tronando contra la práctica religiosa que era meramente de la letra. Estos profetas iban purificando las leyes de Moisés dándoles un sentido cada vez más espiritual y más universal aun antes de Cristo. "¡Ay de los que dictan leyes injustas. . . para apartar del juicio a los pobres. . . para despojar a las viudas y robar a los huérfanos" (Isaías 10:1). Todos ellos relacionan estrechamente la conducta con Dios.

La ética de Jesucristo.

Cuando llegamos al tiempo de Jesucristo, hallamos la cumbre de la definición de la conducta. Si colocamos su Sermón del Monte al lado de los Mandamientos de Moisés, vemos como él ahonda, expande y purifica a éstos así como Moisés había hecho con el Código de Hamurabi. La ley contra el asesinato Jesús la transforma en

un principio de amor y respeto para el prójimo. No debes tener odio ni deseo de venganza en el corazón. En vez de ojo por ojo, diente por diente, será mejor permitir que el enemigo que te pegó, que te pegue otra vez. Si el soldado te obliga —por la ley romana— a portar su mochila una milla, en vez de enojarte y tratar de vengarte, será mejor llevar la mochila dos millas. Así podrás transformar un enemigo en amigo y conservar tu calma a la vez. ¿No adulterarás? pero más: No permitir que pensamientos de lujuria se aniden en el corazón siquiera.

Vemos así como Jesús estableció una ética para seguidores y para otros que es tan alta que muchos han dicho: "¡Imposible! ¿Quién podría jamás cumplir tales reglas exigentes?" Sí, los principios —nótese que no es un código, sino principios aplicables en todo tiempo y bajo toda circunstancia— efectivamente van más allá de nuestro alcance pero aún así deben servir y pueden servir de magníficos ideales hacia los cuales podemos luchar. Y al luchar hacia ellos alcanzaremos a lo menos en una medida estas alturas de conducta. No encontraremos en ninguna parte ideales de conducta más elevados ni, a su vez, más aplicables a los problemas de cada día.

No podemos perder de vista, sin embargo, que Jesús, igual a Moisés, ligó estrechamente la conducta con Dios. Y bajo Dios, con la persona de nuestro semejante. "Amarás a Dios... y a tu prójimo como a tí mismo". La ética de Jesús impone el respeto y la reverencia hacia Dios, el respeto y reverencia hacia la persona de mi semejante y el respeto y reverencia hacia mí mismo. Repito: Cristo no estableció un código, preceptos para cada situación, sino grandes principios básicos por los cuales cada uno debe guiarse en cada circunstancia. ¿Absolutos? Sí, lo hay. Toda mi conducta debe ser basada en el amor hacia Dios, el amor hacia mi vecino, y el amor y respeto hacia mi propia persona; mi cuerpo, mente y espíritu son un encargo por lo cual soy responsable.

Los escritores novotestamentarios, Pablo y los demás indican aplicaciones especiales de estos principios pero no agregan nada fundamentalmente diferente de lo que Cristo ha asentado.

Desviaciones de la ética cristiana.

Hay actos en el Antiguo Testamento que son definitivamente anticristianos. El

juez —profeta— Samuel ordena la matanza en masa de los de Amaléc (1 Samuel cap. 15) y hay Salmos de venganza que no podríamos imaginar en boca de Jesús. ¿Cómo explicar o defender esto?

La Biblia es fiel y honrada; no defiende los errores de sus héroes aun los más grandes. Abraham cae en engaño al ofrecer a su bella esposa para el harém del rey de Egipto por temor. David, el gran David, cae en el más vergonzoso crimen. La Biblia relata todo tal como es. Pero hay que tomar en cuenta que la revelación de Dios que hallamos en la Biblia es, también, progresiva. No trata de imponer la moral de Jesús a la gente de poca cultura religiosa en tiempos de Josué, por ejemplo. No pone delante de la gente ideales totalmente ajenos a su conocimiento o a su medio ambiente. Vemos la progresión hacia una ética cada vez más elevada hasta llegar a la cumbre en Jesucristo. ¿Y qué de los mandamientos de Pablo? Él prohibe a la mujer hablar en el culto público. Dice que debe cubrirse la cabeza al entrar al culto. ¿Qué principio moral se halla en tales preceptos? Ninguno, por cierto. Es decir, ninguno en la letra del precepto. Pero hay principios allí que valen. Pablo está diciendo a las hermanas que deben tomar en cuenta la opi-

nión pública y no hacer escándalo en nombre de sus "derechos" como nuevas criaturas. La mujer, comúnmente, no ejercía tales derechos, no hablaba en público. Y la mujer que andaba en el culto sin cubrirse podría ser tomada por mujer pública, cortesana. Pablo quiere evitar esto y sus prohibiciones no tienen mayor alcance. El principio es bueno y está vigente aún; no escandalizar por insistir en mis derechos. La iglesia de Jerusalén usó el mismo principio al recomendar a las nuevas iglesias donde había muchos no judíos que se abstuviesen de la carne con sangre para no ofender a la sensibilidad de los hermanos judíos. Tales recomendaciones no son aplicables hoy día pero queda vigente el principio de consideración para los sentimientos del hermano en la fe o al vecino no creyente.

En la historia del cristianismo después de la edad primitiva, hallamos también graves desviaciones de la ética de Jesús. Pronto surgió la idea de que todo lo que afectaba los goces del cuerpo era pecaminoso o a lo menos no tan santo como los ejercicios netamente espirituales; de esta base se derivó el monasticismo en gran parte, el repudio del acto sexual como pecaminoso en sí, la doctrina de la virginidad perpe-

tua de la virgen María, y otras ideas de "carnalidad", perversiones en su casi totalidad de las ideas enseñadas en la Biblia. En la reforma del Siglo XVI, o luterana, hubo una reacción en contra de estas desviaciones y desde entonces el protestantismo vuelve mucho más a las ideas éticas del Nuevo Testamento.

Presenciamos varios factores que contribuyen a debilitar o destruir del todo las inhibiciones naturales y los controles tradicionales de las relaciones sexuales. Los vehículos motorizados prestan facilidades que antes no existían. El uso de anticonceptivos, aún cuando parece ser una total necesidad bajo el debido control, se presta más fácilmente a la licencia sexual, destruyendo el saludable temor de antes de las consecuencias físicas y la desaprobación social. La verdadera obsesión del sexo que vemos en la prensa, el teatro, la televisión, contribuye inevitablemente a destruir toda idea de la santidad del sexo; lo rebaja a un acto puramente físico y sensual. Y finalmente, el materialismo reinante divorcia toda la vida de cualquier control por el temor de lo que dirá la sociedad. El individuo ha llegado a tener todo un código propio sin temer ni respetar a nadie más. Todo esto ha contribuído a la destrucción de

la tradicional modestia y freno social de las relaciones sexuales.

En el sistema ética cristiana, el sexo no es en manera alguna una cosa mala en sí. En toda la Biblia se coloca el sexo como algo muy normal y de ser usado como bendición de Dios. "Que todos respeten el matrimonio, y mantengan la pureza de sus relaciones matrimoniales, porque Dios juzgará a los que tienen relaciones sexuales fuera del matrimonio y a los que cometen adulterio". (Hebreos 13:4). Y si la Biblia condena el adulterio es porque destruye lo que es del más alto valor para la personalidad, socava el hogar y corrompe la sociedad misma.

Pero vemos ahora mismo una desviación de la ética cristiana precisamente en la dirección opuesta, en "la nueva moralidad" en que se quiere arrojar por la borda toda tradición y prácticamente toda regla o ley sobre la moral del sexo. Todo esto en nombre de la libertad. Vemos por todas partes la más atrevida licencia sexual, no ya bajo la condenación sino con la aprobación o permiso de gran parte de la sociedad.

Otro tipo muy especial de la ética reinante es lo que se llama la ética circunstancial —"situation ethics"— en inglés, o sea, la ética que más convenga según las

circunstancias del momento y todo sobre la base del amor. Ciertamente el amor es la palabra clave en la ética cristiana pero si no hay algunas barreras fijadas de antemano por reglas y costumbres aceptadas por la sociedad en general, ¿quién puede saber en el momento de la pasión cuál es lo más conveniente al amor verdadero? También es verdad que la ética cristiana deja a cada cual la determinación final de cuál sea su actuación, pero siempre sobre los principios grandes ya establecidos por Cristo y la Biblia. Hay algunos puntos absolutos, de referencia, a los cuales siempre se puede apelar para su dirección. "Daniel propuso en su corazón" antes de presentarse la prueba y así pudo saber en el momento de la tentación cuál dirección debía tomar. La ética circunstancial no provee este refuerzo.

Creo que he demostrado que cualquier sistema precisa alguna autoridad fuerte para que su ética sea real y efectiva. La ética cristiana halla esta autoridad en Dios y en la Biblia, mayormente en los principios enunciados por Cristo y sus apóstoles. Repito: A pesar de las desviaciones y falta de cumplimiento de parte de los cristianos, no se ve nada que pueda reemplazar efectivamente la ética del Dios de los cris-

tianos y de los judíos. Y debido a su forma flexible, principios y no códigos, esta ética es relevante hoy como nunca. Quizás no sea exageración decir que la única esperanza de un mejoramiento de la situación caótica del mundo que conocemos será una nueva aplicación de, y respeto por, los ideales de convivencia que hallamos en estas normas cristianas.

Capítulo VIII

La Religión, El Estado y las Reformas Sociales

Cristo no prescribió ninguna forma de gobierno para sus seguidores. El vivió y ministró bajo una doble forma de gobierno, la monarquía, con vestigios de la teocracia judía de los siglos anteriores, y el imperio romano con el César en Roma. Los cristianos sufrieron bajo ambas formas y también recibieron beneficios de parte de ambas.

Después el cristianismo pasó por la edad feudal en Europa y bajo los turcos y musulmanes en Africa y Asia Menor. La causa cristiana sufrió mucho durante estos siglos tanto por el despotismo político como por el religioso, pero se mantenía viva. No existía lugar para la iniciativa original ni pensamiento alguno que no se conformase estrictamente con lo tradicional. Es-

tas cadenas empezaron a ser sacudidas por la Reforma del Siglo XVI.

La religión cristiana creció bajo las monarquías absolutas hasta la Primera Guerra Mundial cuando éstas casi desaparecieron, a lo menos en Europa.

El cristianismo sufrió serios retrocesos bajo los gobiernos totalitarios de Mussolini, Hitler y Lenin-Stalin. Todos los gobiernos totalitarios quieren usar la religión pero bajo su propio y estricto control, y como arma para sus fines.

Indiscutiblemente la forma de gobierno que ha ofrecido mayor oportunidad para el desarrollo del cristianismo ha sido siempre la democracia. Hay razón evidente para creer esto; el cristianismo es esencialmente democrático. Desde Moisés hallamos el cuidado del individuo, no por su clase o estado social, sino por sí mismo, la persona. Doy unos pocos ejemplos tomados casi al azar. Igualdad de derecho de toda persona; Exodo 22:2, 3: "No responderás en litigio inclinándote a los más para hacer agravios, ni tampoco favorecerás al pobre". En toda su legislación Moisés protege al pobre pero ni hacia él debiera ser torcida la justicia de la ley. En los versículos más adelante (26:6): "No pervertirás el derecho del mendigo". Asimismo,

cuida de proteger a la viuda (*22:22*) Si hay una riña con los puños, el que sacó la mejor parte debe cuidar al herido: "Satisfará lo que estuvo sin trabajar, y hará que lo curen". Pero Moisés no estaba iniciando un nuevo programa de bienestar social; se cuidaba de cada individuo porque delante de Dios cada vida es preciosa, cada uno tiene posibilidades.

Los profetas tronaban contra aquellos que oprimían a los desprivilegiados explotándoles para su propio beneficio. Asimismo Pablo en el Nuevo Testamento, reforzando el concepto que había aprendido de Cristo de la igualdad delante de Dios: "Ya no es cuestión de ser judío o griego, esclavo o libre, hombre o mujer; porque al estar unidos a Cristo Jesús, todos ustedes son uno solo" (Gálatas 3:28).

Santiago escribió su corto libro, a lo menos en parte, para establecer la igualdad de derechos de todos y el peligro de las riquezas de desviar a su dueño del camino cristiano: "¡Vamos ahora, ricos!. . . He aquí clama el jornal de los obreros que han cosechado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado por vosotros" (Santiago 5:1 y 4).

No sería exageración afirmar que la democracia verdadera no lo es por respeto

tan sólo del hombre, sino por la relación especial del hombre a Dios el creador.

Y, en recompensa, la democracia en el gobierno, sosteniendo igualmente la dignidad de cada individuo, no por su credo, su color, su estado social o económico, sino por su valor como ser humano, defiende en mucho los mismos principios que hallamos en el corazón del Evangelio.

Es cierto que la Iglesia no ha sido siempre consecuente con su gran doctrina de la democracia, de igualdad de derecho. Pronto después de la era primitiva del cristianismo, empezó la lucha por el poder. Apelando a un solo dicho de Jesús (Mateo 16:18) y dando a éste una interpretación interesada, sin base lógica, se formó la tradición de que Cristo había conferido a San Pedro la supremacía absoluta sobre los seguidores y la fe de Cristo Jesús. No hay ni en el Nuevo Testamento, ni en los dichos de Jesús, ni en los escritos de los apóstoles, una sílaba que autorice tal desviación. Pedro jamás se dio cuenta de tal supremacía; ni Pablo, ni Jacobo ni otros se lo concedieron en la práctica alguna vez. Simplemente no existía. Pedro era uno de los directores, hombre simpático y atrayente pero simplemente uno de los hermanos. Esta ficción de la superioridad de Pe-

dro imperó por muchos siglos con gran daño para el cristianismo y para el mundo. Con la reforma luterana empezó a desmoronarse con creciente deterioro hasta hoy. Véase la crítica situación del Papado en nuestros días.

La Iglesia y el Estado.

La Iglesia y el Estado son dos instituciones paralelas. El Estado gobierna por la ley empleando la fuerza cuando sea necesario para imponer su voluntad. Controla los actos tangibles y exteriores de la persona; no puede ni debe pretender controlar sus pensamientos, sus ideas, sus ideales. Debe igual trato a todos, igualdad de oportunidad, de trabajo, de los premios del trabajo, igual protección.

La iglesia tiene que ver con los valores espirituales y morales del hombre. Ciertamente tiene mucho en que debe cooperar con el Estado. Debe formar ideales de dignidad e igualdad, debe inculcar la moral que servirá al estado en la obediencia a la ley, la honradez, el cuidado el uno del otro. Pero la iglesia trata, principalmente, con lo intangible, los valores humanos que el Estado no puede tocar; trata más bien con la personalidad del hombre.

El estado pertenece a todo ciudadano del país y aún a los extranjeros y percibe de todos ellos los tributos en dinero o en servicios que cree necesario. Pero los ciudadanos tienen diferentes convicciones religiosas; no hay, ni puede haber uniformidad aún cuando ésta sea el ideal cristiano. Hay gran mayoría de la fe católica pero también hay una considerable minoría que no cree en ninguna religión; son ateos. Y hay judíos, musulmanes, ortodoxos. Hay bautistas, luteranos, metodistas, pentecostales. ¿Con qué derecho o justicia puede el estado imponer tributos a los judíos para que sostengan a las escuelas católicas, por ejemplo? El estado no tiene ingerencia en la religión sectaria en forma alguna. En justicia no puede imponer impuestos a todos los ciudadanos para el subsidio de escuelas, hospitales, centros de madres u otra institución cualquiera, cuando éstas están bajo el control de una secta religiosa, sea ésta católica, bautista, pentecostal u otra. Las escuelas públicas están abiertas a todos, sin distinción; los hospitales públicos reciben su sostén del Estado, correctamente, de los impuestos de todos y para servir a todos. Así debe ser. Pero si la Iglesia pentecostal u otra, quiere un hospital bajo sus auspicios, luego debe costear-

lo. Los fondos públicos deben ser para el servicio de todos. Así creen los bautistas y la generalidad de los evangélicos, incluso muchos católicos.

El Estado no puede ser "ateo" como dicen algunos con pensamiento superficial. El Estado no puede tener religión ni ser antirreligioso; es neutral.

Las iglesias pueden servir al Estado preparando hombres que lleven a los altos puestos de autoridad los principios de moral y ética que han recibido en su iglesia. Como individuos pueden y deben ser religiosos; como estadistas pueden llevar al servicio de sus altas funciones los principios aprendidos en su iglesia. En la Segunda Guerra Mundial, los Aliados derrotaron en forma aplastante al orgulloso Japón. Según la costumbre y según las ideas del mundo, el Japón podría esperar terribles castigos, reparaciones ruinosas, y empobrecimiento en toda forma. MacArthur, el jefe de las Fuerzas Aliadas que aceptó la rendición, hizo todo lo contrario; dispuso fuertes ayudas inmediatas al país devastado, mantuvo en el poder al Emperador, ayudó a formar un gobierno democrático, consiguió fuertes préstamos en dinero para restaurar las ruinas de la guerra, etc. En una palabra, MacArthur llevó a la práctica

en su alto puesto los principios cristianos que había aprendido en su iglesia. Así las iglesias cooperan eficazmente al Estado.

Pero MacArthur no llevó a cabo sus medidas de restauración como sectario; no lo hizo como católico, ni metodista, ni otro; lo hizo como estadista. Eran medidas de buena política a la vez que representaban los principios de Cristo.

La religión frente a los cambios sociales.

Frente a los tumultosos cambios sociales que suceden hoy día en todas partes, ¿qué actitud, qué participación, debe tener la religión? No debe sorprenderse; siempre ha habido cambios. El evangelio es una religión de tremendos cambios. Hay mucho en nuestra sociedad que debe ser cambiado y aún exterminado. Pero analicemos rápidamente los tipos de cambios que luchan en nuestro medio hoy.

Hay algunos que quieren la revolución por la revolución. Vienen a ser más anarquistas que revolucionarios. La revista "TIME" cita a un tal Jaime Morrison como diciendo: "Estoy interesado en cualquier clase de revuelta, alteración del orden, caos, especialmente actividades sin

sentido. Para mí eso es el camino a la libertad". Vemos en este país y en América Latina una minoría de este tipo.

Pero esto es un engaño desastroso. Desprecia todo valor del pasado y nos volvería a la edad de piedra. No es "camino a la libertad" sino a la abyecta esclavitud; la destrucción de toda regla, de todo control, del gobierno, del hogar, de la sociedad y de la disciplina propia. Es declararse sin relación alguna a cosa alguna. Desconoce totalmente la civilización.

Otro tipo de revolución es aquella que podríamos llamar revolución parcial; la destrucción de aquella parte de la sociedad que a estos revolucionarios no les gusta a favor del encumbramiento de otra parte de la sociedad, es la revolución de clases. Es la revolución basada en el odio, la venganza de males reales o imaginarios. También es una revolución inadecuada; el odio es muy mal consejero.

Hay una tercera forma de revolución en marcha, la revolución democrática, revolución que quiere medir los valores, conservar lo que ha probado ser de valor y cambiar en forma ordenada lo demás. Es la revolución más lenta, menos violenta y menos sensacional.

Ahora bien, hay que conceder que ha

habido tiempos cuando aún los hombres de paz, los cristianos y otros, se vieron obligados —o así creían— a recurrir a las armas en defensa de una sociedad mejor, de condiciones más justas para la mayoría desprivilegiada como por los demás.

En general, se puede decir que el cristianismo real, el cristianismo de Cristo, es mucho más revolucionario que las otras formas indicadas. Winston Churchill dijo una vez que el communismo no va bastante lejos, que tiene demasiado optimismo en cuanto al hombre. Piensa que con cambiar la condición material del hombre, cambiará radicalmente la sociedad. No, dar al hombre mejor sueldo, casa más adecuada, educación mejor a sus hijos, todo esto no hace una sociedad mejor. Simplemente cambio amos; echa fuera un juego de amos malos y pone en cambio otro juego de amos malos, nada más. El cristianismo estaría de acuerdo con Churchill; Cristo nos enseña que hay que cambiar, no los beneficios exteriores del hombre, sino al hombre mismo. Esto es el mensaje radical del cristianismo: "Arrepentíos, cambiad de frente moral, tomad otra actitud hacia Dios y hacia su semejante y hacia tí mismo y luego habrá una sociedad mejor".

El marxismo dice: "Poned en cada

hombre un nuevo abrigo". El cristianismo dice: "Poned un nuevo hombre en cada abrigo".

El evangelio propone el crecimiento constante en toda forma, material y espiritual, externo e interno. Se ha dicho que la revolución más grande de la historia no fue aquella que empezó en Petrogrado bajo la estrella roja, sino aquella que empezó en Belén bajo la estrella de paz. La revolución que hace más falta no es ni la económica, ni la social ni la política, sino primero la revolución moral y espiritual, la revolución religiosa.

Se puede decir acerca de los cambios sociales algo así como lo dicho más arriba de la Iglesia y el Estado. La iglesia misma no está capacitada para tomar parte activa en los cambios sociales, marchas de protesta, organización de presión sobre las autoridades gubernamentales a favor de tal o cual reforma legal o social. Les falta a las iglesias la información y la técnica experta de parte de sus miembros y de su clero para definir las delicadas relaciones complejas y multilaterales precisas para efectuar tales reformas. Las iglesias pueden preparar sus miembros, algunos de ellos a lo menos, implantando en ellos los principios fundamentales del evangelio; éstos enton-

ces irán a los puestos de autoridad armados, juntamente con su preparación técnica especializada, con los principios morales de Cristo. La iglesia está interesada, interesadísima, en perfeccionar en todo lo posible la sociedad en que actúa, pero se da cuenta de que, porque el hermano Fulano es muy espiritual, o porque el pastor Zutano predica sermones muy elocuentes, no es garantía de que ellos están igualmente capacitados para dirigir una revolución social. No cabe a la iglesia particular participar como tal en las luchas sociales. Sus miembros, como individuos pueden y deben participar o no participar según sus convicciones concienzudas de acuerdo con lo que creen ser la voluntad de Jesucristo.

La religión y el marxismo.

Demos una rápida mirada a esta materia, no por el lado político sino por el lado religioso y sociológico. El cristianismo no puede ser ni ciegamente anticomunista ni candorosamente procomunista. Debe estar presta a aceptar lo bueno venga de donde venga, y sin duda el comunismo presenta algunas verdades que el cristianismo, aun cuando las cree, las ha descuidado.

Se dice entre los comunistas que Cris-

to era comunista. Cristo implantó principios de igualdad y fraternidad entre los suyos pero jamás condenó el rico como tal o la posesión de bienes bien logradas. Ni mucho menos hizo distinción de clases. Él respetó los derechos de cada uno, rico o pobre, de gozar de los frutos de sus trabajos. Cristo jamás aceptaría una sociedad basada en el odio de clases.

Desde Marx mismo, el comunismo ha sido tenazmente antirreligioso y anticristiano, y es sumamente difícil que la fe cristiana genuina florezca donde impera el comunismo. En China los cristianos que quedan tienen que ejercer su fe en forma clandestina. En Rusia hay una cierta medida de libertad, pero aún así las iglesias tienen que trabajar bajo severas limitaciones y restricciones. En Moscú, con más de tres millones de habitantes, se permite una sola iglesia evangélica, la Primera Bautista, y en el resto del Imperio de la URSS las condiciones son aún peores. No se les permite ninguna educación de su juventud en los principios cristianos, ni la publicación de literatura cristiana, ni la propaganda pública fuera de sus templos en forma alguna.

Así tiene que ser, es lógico. El comunismo, igual a otras dictaduras, resiste la presencia de otras fuerzas que él no puede

controlar. El cristianismo es enemigo de tal control; favorce la libertad de trabajo, de pensamiento, la libertad de iniciativa particular, no controlada y el derecho de actuar libremente bajo las leyes establecidas por gobiernos elegidos libremente.

Jesús dijo una vez que el sábado —que los judíos de su día observaban en forma exagerada— no fue hecho para esclavizar al hombre sino para servirle (Marcos 2:27). El comunismo necesita oir semejante palabra. Cualquier ideología debe ser formulada para servir al hombre, no para hacer de él un esclavo del sistema por bueno que sea éste. En la práctica, bajo el comunismo el hombre individual no vale nada, es solamente una millonésima parte del partido. El partido no existe para servir al hombre sino el hombre para servir al partido. El comunismo lucha por la reivindicación de la clase obrera y la destrucción de la clase patronal. ¿No se les ocurre alguna vez la posibilidad de que todos ganarían más con la cooperación del obrero con el patrón? Como dice Knudson: Hay verdades importantes tanto en el capitalismo como en el socialismo. El camino de progreso está en la fusión de estas verdades, estos esfuerzos, antes que en la adopción partidarista de un sistema con la exclusión

del otro. La probabilidad es que el desarrollo económico del futuro tomará la forma de una socialización gradual del sistema actual y que el resultado sería un capitalismo socializado. (Knudson en ETICA.)

Exactamente así está sucediendo en los países capitalistas industrializados. Las grandes industrias ya no son propiedad de un solo dueño, ni de una familia, ni de un grupo pequeño de magnates, sino de cientos de miles de accionistas, gran parte de ellos obreros y aún obreros de la misma firma en que trabajan.

Es innegable que el cristianismo de hoy adolece de muchos defectos y de notorias inconsecuencias. Los cristianos necesitan captar de nuevo el tremendo entusiasmo y arrolladora confianza en su causa que tenían los creyentes primitivos. Básicamente nada ha cambiado; las necesidades del hombre son las mismas y los infinitos recursos de Dios están al alcance de cada uno que quiere aceptarlos. Pero aún tomando en cuenta los defectos del cristianismo de nuestros días, éste ofrece mayor cuidado, mayor satisfacción real y más esperanza al hombre, término medio, que cualquiera de sus rivales. El comunismo ha fallado en casi todos sus postulados originales; no ha

cumplido ni puede cumplir, ni menos para las necesidade más hondas del espíritu del hombre. Lleva en sí la semilla de su desintegración; carece de la real justicia igualitaria, de la rectitud y de la dignificación de cada cual, sin respeto de su condición o clase. El marxismo tiene fuerza, la fuerza del odio y de la violencia; estas cualidades jamás han servido, ni pueden servir, como piedras fundamentales de una sociedad armoniosa. Una sociedad dominada por los principios de Cristo Jesús, aún tomando en cuenta las muchas fallas humanas, produce y producirá hombres y mujeres de todas las clases en mejores condiciones sociales que el marxismo puede hacer; de esto estoy completamente seguro.

Capítulo IX

En Resumen

Hoy estamos parados sobre una cumbre de la experiencia humana, frutos de incontables siglos de esfuerzo para hallar la mejor manera de convivencia humana. Las proezas científicas nos llenan de asombro y de inmenso orgullo por un lado, mientras por el otro vemos que desde hace siglos no se ha visto una confusión y caos en lo moral y social como la de hoy. El hombre moderno precisa de guía certera para la parte superior de su existencia. No en vano dijo Jesús: "No con pan solo vivirá el hombre". Las necesidades del espíritu son tan apremiantes y tan reales como las necesidades del cuerpo. ¿Dónde hallar esta dirección que tanta falta hace para el hombre de hoy?

La fe cristiana tiene contendores para la lealtad del hombre; la ciencia —aun cuando en verdad no hay conflicto entre la

ciencia y la religión de Cristo— el materialismo y otros. Pero en la crisis estos sustitutos fallan. El hombre necesita una fe en Dios, una fe con raíces hondas y firmes, una fe que no ofende su inteligencia. Tal fe está a su alcance.

Vimos que es lógico que el Soberano del Universo haya hecho una revelación de sí mismo, de su naturaleza y su voluntad; de su ley para el gobierno de los seres que él haya creado en su imagen. Ésta revelación la hallamos en forma progresiva en ls páginas del libro que se llama la Santa Biblia. El hombre de hoy no debe experimentar dificultad en aceptar plenamente esta Biblia. No es libro de magia: no es un talismán, sino una preciosa compilación de los esfuerzos de Dios para guiar al hombre. La Biblia es una historia de las luchas del hombre a través de los siglos para comprender su mundo y tal revelación llega a su fulgurosa cumbre en la persona y las enseñanzas de Jesucristo. Es un libro digno de toda confianza y cuando se acerca a él con espíritu humilde de aprendiz —y no de crítico solamente— satisface las necesidades espirituales del ser humano. Él hombre de hoy, igual a sus antepasados, halla que puede creer en la Biblia sin disminuir su libertad de pensador. Por cierto que la

religión de Cristo ofrece algunas dificultades intelectuales, problemas que no hallan plena solución. Hay dificultades en creer pero hay dificultades en no creer y éstos ofrecen mayores problemas y son aún más insolubles que los de creer, y dejan al no creyente en situación mucho peor. Él creyente, con todas sus dificultades —y no son muchos ni graves— tiene el mejor cuerpo de principios morales y la ética más alta que el mundo ha visto. Ès mejor tratar de alcanzar las estrellas y quedar cortos, que quedar contento viviendo en el barro.

Queda claro, en conclusión, que el hombre moderno no tiene por qué vacilar; él puede hallar lo que busca y lo que necesita, mediante una total confianza en, y entrega a, las eternas verdades de la religión cristiana evangélica. Una vez aceptada con entereza tal fe, él hallará su completa satisfacción moral en la entrega de sus facultades y su personalidad entera al servicio de dicho cuerpo de creencias haciéndose participante activo en la lucha por crear un mundo mejor bajo el dominio de Cristo Jesús y de acuerdo con los principios de vida que halla en el Nuevo Testamento, la Biblia.

LIBROS DE REFERENCIA

A PLACE TO STAND, Elton Trueblood, Harper & Row, Nueva York.

AXIOMAS DE RELIGION, E. Y. Mullins, Casa Bautista de Publicaciones, El Paso, Texas.

BIBLICAL ETHICS, T. B. Maston, Word Books, Waco, Texas.

CHRISTIAN BEHAVIOUR, C. S. Lewis, Macmillan, New York.

ETICA CRISTIANA, Knudson, Aurora, Buenos Aires.

FAITH THAT MAKES SENSE, Edwin Orr, Judson Press, Valley Forge, Pa.

FAITH TO GROW ON, Joseph P. Green, Jr., Broadman Press, Nashville, Tenn.

HANDBOOK OF CHRISTIAN THEOLOGY, World Publishing Co., Cleveland, Ohio.

LA REVELACION Y LA PALABRA DE DIOS, Bernard Ramm, Aurora, Buenos Aires.

NUEVO CATECISMO PARA ADULTOS, Herder, Barcelona, 1969.

OUR FAITH, Emil Brunner, Scribner, New York.

PLAIN CHRISTIANITY, J. B. Phillips, Macmillan, New York.

RELIGION CAN CONQUER COMMUNISM, O. K. Armstrong & Marjory Moore Armstrong, Nelson, New York.

THE CHARACTERE OF JESUS, C. E. Jefferson, Crosset & Dunlap, New York.

THE CHRISTIAN'S GOD, Stephen Neill, United Society for Christian Literature, London.

THE GOD WHO SHOWS HIMSELF, C. F. Henry, Word Books, Waco, Texas.

THE NEW THEOLOGY AND MORALITY, H. H. Barnette Broadman Press, Nashville, Tenn.

THE PREDICAMENT OF MODERN MAN, Elton Trueblood, Harper & Row, New York.

THE WORD OF GOD AND MODERN MAN, Emil Brunner, Knoy Press, Richmond, Va.

¿WHAT CAN YOU BELIEVE? Alexander-Junker, Broadman Press, Nashville, Tenn.

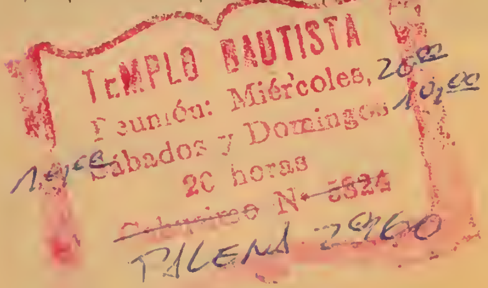
WHAT HAS CHRISTIANITY TO SAY? R. F. Barry, Harper & Row, London & New York.

OTROS LIBROS DE ESTA EDITORIAL

Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová.

Como son más altos los cielos que la tierra, asi son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos mas que vuestros pensamientos.

Porque como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, asi será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacia, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié.



Este pasaje, ha sido tomado del Libro de Isaias 55:6-11 Le invitamos a leer la Biblia. La puede adquirir en iglesias librerias o en la Sociedad Biblica.



SOCIEDAD BIBLICA CHILENA
Serrano 24 - Fonos: 335242 - 383139
Casilla 784 - Santiago

Acos — Offset — F. 2225948



Palabra de poder

Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano.

Deje el impio su camino, y el hombre inicuo sus pensamiento, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar.